2051

Centellas y Moncada.

Llanza

CENTELLAS Y MONCADA.

DRAMA TRÁJICO EN CINCO ACTOS,

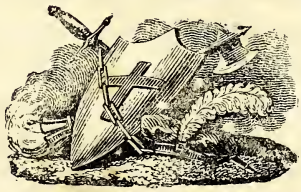
por el Exmo. Sr.

D. BENITO DE LLANZA Y ESQUIBEL,

Hurtado de Mendoza

Y

DON MANUEL TAMAYO Y BAUS.



BARCELONA.
Imprenta de A. Freixas, Escudellers, núm. 3,
Junio de 1850.

Se *halla de venta en la Librería Escolar*,
calle del Cármen, n. 104.

Este drama es propiedad del Excmo. Sr. Duque de Solferino, el, cual perseguirá ante la ley al que sin su permiso lo reimprima varíe el título, ó represente en algun teatro de España, ó de sus posesiones de ultramar, con arreglo á lo prevenido en las reales órdenes de 5 de mayo de 1847, 4 de marzo de 1844, y 8 de abril de 1839, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

Se considerarán como reimpresos furtivamente todos los ejemplares que no lleven ese sello particular.

À la Excma. Sra. Doña Maria de la Concepcion Pignatelli de Llanza, Belloni, Wall, Manrique de Lara, Meroni, Blanes, Centellas, Gonzaga, Caracciolo, Pignatelli de Aragon, Rufo, Pimentel y Benavides, Lanza y Moncada, Carafa, D' Est, Pico de la Mirandula, Malatesta y Visconti; de Moncayo, Altarriba, Gurrea, Alagon, Veintimilla, Sanclimént y Aragon, etc., etc. Duquesa de Solferino, Marquesa de Coscojuela, Condesa del Castillo de Centellas, Baronesa de Alcarras, Canovas, Villalba Saserra y Samalús en Cataluña, de Huerto, Argavieso, Almuniente, Permisan y las Casetas en Aragon; de Riessy y Cepulla y sus nueve feudos en el Reino de Sicilia; Señora del valle de Juanetas y del monte Frula, etc. Gefe y pariente mayor de las Serenisimas casas de Gonzaga en Mantua, y de la de Arborea en Cerdeña, Princesa de Castiglioni y del Sacro Romano Imperio; Grande de España de primera y segunda clase, etc., etc., etc.

Querida mia: no fueron Centellas ni Moncada, los nombres de los dos héroes, que acaloraron mi fantasía, cuando por matar unas horas de fastidio en el carnabal del año 45, escribí en 17 dias mi segundo ensayo dramático.

La necesidad de los versos en los teatros de España, necesidad que no pude llenar, porque no sabia yo hacer ver-

sos, hizo que me asociara á D. Manuel Tamayo, y haciéndome cargo de las dificultades de la rima, aunque sin decir nada de ello al Sr. Tamayo, me pareció bien hojear cuantas crónicas é historias de Cataluña y Aragon pude tener á mano, en busca de dos nombres, que facilitasen esa misma rima por tener cosecha abundante de consonantes. Juzgué haberlos hallado, y entonces se convirtió en Fulco de Centellas, el Almirante Conrado Llanza, *y en César de Moncada el famoso* Roger de Lauria.

Mas galante seria ciertamente decirte, querida esposa mia, que seducido por la antigüedad y romántica tradicion del orígen de tu casa de Centellas, y lleno de entusiasmo al ver á sus héroes recorriendo primero con los Emperadores Francos las campañas europeas de los siglos octavo y noveno, y siguiendo despues á los Condes de Barcelona, á los Reyes de Aragon, á los de Mallorca y aun á los de Castilla y Leon en la reconquista de nuestra nacionalidad; no habia encontrado otro apellido histórico que estuviera mas en armonía con el tipo que deseaba presentar en escena y habia caracterizado en el hijo del Conde Lanza. Esto seria indudablemente mas alhagüeño para tí, seria mas poético y mas hermoso tambien, querida mia, pero no dejaria de ser una ficcion que repugna á mi ingenuidad y que deberia ofender la tuya.

Confesado ya el hecho ¿parecerá bien, que te dedique el drama? ¿podré esperar que lo aceptes? Debes aceptarlo, querida mia, sino por mí, á lo menos en obsequio de mi amigo Tamayo, que como has visto en su amable carta del 10 de mayo, te dedica los bellísimos versos del drama, trabajo digno de tí, y que, solo yo puedo apreciarlo debidamente y juzgarlo en todo su valor.

Sé que algunos críticos no me perdonarán el cambio de nombres que acabo de manifestarte, probando no ser bastante la razon indicada para despojar al drama del carácter histórico, *que tenia cuando lo escribí por primera vez; pero tú debes ser y serás mas generosa que ellos, y en desquite del disgusto que sientes de leer* Centellas *donde antes*

decia Lanza, *prometo escribir y dedicarte una nueva obra dramática á la que, libre y sin atender á la necesidad del consonante, pondré un título que signifique y condense algunos hechos* románticos *y gloriosos de la historia de mis pasados, hechos, que con mi amor hize que te fuesen tan caros como los que enaltecen la casa de tus padres.*

Siempre tuyo,

Benito.

Hoy, dia de tu cumpleaños.

Personajes.

D. Jaime-el-Justo.	Rey de Aragon.
El Infante de Aragon..	
Fulco de Centellas..	Almirante de Sicilia.
César de Moncada.	Almirante de Aragon.
Hugo.	hijo de Centellas.
Acmet..	esclavo de Moncada.
El Conde de Ampurias..	Caballeros catalanes y aragoneses.
D. Blasco de Moncayo..	
Pedro Jorge de Gotmar.	
El Vizconde de Rocaverti. . . .	
Ramon de Sancliment..	
Ros de San Mateo.	
Beltran de Cervellón..	
Beya.	esclavos negros.
Burriach..	
Constanza.	Reina de Sicilia y Aragon, viuda de Pedro-el-Grande.
Imelda..	hija de Moncada.
Abdalsa.	vieja mahometana.

Nobles aragoneses y catalanes, damas y damiselas de la corte, prelados y abades, concelleres, heraldos, pages y escuderos, almugaváres, guardias, marineros, clero, músicos y gente del pueblo de todas edades, condiciones y sexos.

CENTELLAS El esqueleto mira de una gloria.
. . . . . .

MONCADA Al leerse en el dia tremebundo
del juicio mis acciones, las cenizas
se agitarán del mundo,
y mostrarán los ángeles de llanto
copioso el rostro lleno ;
y Dios dirá tal vez... ¿El hombre es bueno?

(De los trozos suprimidos del drama.)

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/centellasymoncad3241llan

La accion acontece en Barcelona á primeros del siglo catorce; empieza á las tres de la tarde y concluye á las seis de la mañana siguiente.

Acto primero.

Tienda de campaña levantada al pié de uno de los desembarcaderos del puerto de Barcelona. En los tapices del fondo, dispuestos de modo que puedan correrse facilmente, se verán grandes escudos de Cataluña. En medio de la escena habrá una mesa con cuatro taburetes á su alrededor. (Luz de un dia sereno de primavera.)

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon, la reina CONSTANZA *estará sentada y mirando con interés á* HUGO, *que permanece en pié y silencioso apoyado sobre la mesa.* = *Despues de un momento de silencio, la Reina le ase la mano con la mayor ternura.*

Const. ¿Adormecida yace el alma tuya
cuando mi labio de anunciarte acaba,
revelacion, que con anhelo tanto
esperaste?
Hugo. ¡Ay! Señora y Reina amada!
¡Revelacion!: mil veces en mi oido
llena sonó de encanto esta palabra;
y fué á mi pecho lo que al mústio prado
el llanto bienhechor de la mañana.
Const. Bien dices, hijo mio, cuantas horas

y dias y años, con ardientes ansias,
te vi girar en torno del secreto
de que solo era yo depositaria.
Mas hoy decirte puedo, recojidas
ya de la adversidad las negras alas:
«este es el nombre de tu padre.»

Hugo. (con pasion.) ¿Es cierto,
que á deshacerse va la nube airada,
que al huérfano sumerge en noche obscura?
No me engañeis, y repetidme ufana,
que hoy es, por fin, el venturoso dia
soñado ya desde la tierna infancia.
¡Oh! su nombre decid que del valiente
asombro fué, y orgullo de su patria!

Const. ¡Cuán bien te reconozco, hijo adorado,
en el vivo ardimiento que te inflama!
Fuerte guerrero, como tú, le he visto
salir de en medio de las ondas bravas
y á las plantas rendir de Pedro-el-Grande
de naves turcas numerosa escuadra;
valiente y fiel la enseña de San Jorje
tremolar el primero en la muralla,
y bizarro y apuesto en el palenque
la frente alzar de lauros coronada.

Hugo. ¡Y al fin de tantos bendecidos hechos,
el escudo del hijo blanco se halla,
y sin un solo emblema que pregóne...

Const. ¡Ay! desdichado, si á saber llegáras...

Hugo. ¿Fué mi padre un traidor?

Const. Lo fué el destino.

Hugo. Un hombre fué; no el destino lograra
al padre mio calumniar.

Const. Misterios
hay, que Dios solo á penetrar alcanza,
mas la sospecha á suponerlo inclina.

Hugo. ¿Y existe ese traidor?
Const. ¿Y bien?
Hugo. Basta.
Ya os puedo preguntar ¿Y el padre mio?
Const. Murió.
Hugo. Señora, el nombre del que infamia
tan negra cometió. Ved cual se agita
esta mano anhelante de vengarla.
¡Murió y él vive! ¿Quién es ese hombre?
Const. El solo á quien amar mi voz te manda.
Hugo. ¡Yo amarle!
Const. Tú.
Hugo. ¿Y entonces al desgraciado.
quién vengará?
Const. Le vengará Constanza.
Hugo. ¿Pero cómo?
Const. Labrando tu ventura.
Hugo. ¿Decis ventura...? hablemos de venganza.
Const. ¡Qué intentas, infeliz! ¿quieres de nuevo
del impío síno dispertar la saña?
Hugo. ¡Su nombre, su nombre!
Const. Cual una madre
te hablé, y rebelde á mis designios te alzas,
cuando es mi afan con vigoroso dique
el curso detener de tu desgracia.
Aun quien tu padre fué, saber no puedes.
Hugo. ¿Y sois, señora, la que tanto me ama?
Const. Reina soy de Aragon, y á cada instante
mis labios, hijo, con placer te llaman.
¡Ay, Hugo...! ¿Hiciera mas que mi ternura
hizo ya la que te hubo en sus entrañas?
Yo te oculté bajo la sombra augusta
de mi manto real, cuando tu casa
presa llegué á mirar de mil desastres,
por contrarios y pérfidos cercada,

que oculta así juzgaron tu existencia.
¡Cuánta hallaste despues de dicha y calma
en mi solicitud!...

Hugo. Todo os lo debo
y todo es vuestro, mi existir, mi espada...

Const. Y contrarías empero mis designios,
mis consejos benéficos rechazas...
Mil veces no escuchaste de mi labio,
que si por ti no fuera, sosegada
correria ya mi vida, entre los muros
del silencioso cláustro? No estas playas
pisara entre el bullicio de una fiesta
la reina viuda, la infeliz anciana,
á no guiarla el móvil de tu dicha,
á no aguardar ansiosa la llegada
del alto vencedor para pedirle...

Hugo. ¿Será posible? ¿A descubrir la llama
escondida llegasteis...?

Const. ¡Ignorarlo,
y en este amor tu dicha está cifrada!

Hugo. ¡Sois mas que una mujer, mas que una madre!
¡El iris sois que anuncia la bonanza!
Vos mis pasos constante habeis seguido,
vos habeis sorprendido mis miradas,
mis palabras escrito en la memoria
y todo para urdir, benigna y santa,
ese plan, que el amor del pecho mio
va á coronar con refulgente palma.

Const. En busca corre de la hermosa Imelda.

Hugo. ¿Le diréis...?

Const. Que tambien mi pecho la ama.

(Hugo sale por la derecha.)

ESCENA II.

CONSTANZA *sola*, *luego* IMELDA *y* HUGO.

Const. Al fin, Señor, de su desdicha suma
aplacaste el rigor. ¡Yo te doy gracias!
Él merece tu amor. Pueda á lo menos
al lado verle de la flor lozana,
que ardiente amor comunicó á su pecho,
y en su ventura quede sepultada
de la fatalidad la saña horrible,
que una familia en estinguir se afana.
Hugo. Duda de tanto bien... hablad, señora.

(Trae á Imelda de la mano.)

Const. ¡Imelda!
Imel. ¡Cielos! el placer no mata.
¿Era poco abrazar al padre mio
despues de una ausencia tan penosa y larga?
¿Quereis á nuestro amor tender la mano,
vida infundiendo al pecho que temblaba?
Fuerza es que nos ameis mas que á sus flores
ama el naciente sol, mas que á sus plantas
la lluvia matinal, mas que á la tibia
luz candorosa de la estrella el alba.
¿Quereis que os llame madre?
Const. ¿Con qué objeto
por tí velé desde la edad temprana,
y al lado suyo consentí que fuese
la juventud brindándote sus galas,
sino con el de hacer que en este dia
de vuestra dicha el árbol se elevara?
¡Felices, hijos, os veré!

(Estrechándoles contra su pecho.)

Hugo. ¡Señora!

Imel. ¡Madre del corazon!
Const. He aquí al Monarca.

ESCENA III.

Los mismos, el rey D. Jaime *seguido de* Pedro Jorge de Gotmar, el vizconde de Rocaberti, D. Blasco de Moncayo, Ros de San Mateo, el conde de Ampurias, Pedro de Gualves, *otros varios nobles aragoneses y catalanes, pages, damas y guardias. Los caballeros en su mayor parte vestidos de todas armas con escudos y divisas particulares. Las señoras y damisetas ricamente ataviadas con vistosas galas.*

D. Jai. ¿Vos, señora, tambien?

(Constanza le tiende la mano y D. Jaime se la besa.)

Const. Mi adios postrero
decir al mundo quiero.
Dulce es fijar la planta en esta playa
de Pedro-el-Grande al recordar los dias
de glorias y alegrías.
D. Jai. Sí, madre, bien decis. Todo recuerda
los tiempos venturosos,
en que los fuertes reyes, mis abuelos,
cargados retornaban de laureles,
al santo hogar de sus vasallos fieles;
sin enemigos que temer, ni reinos
que sujetar en la asombrada tierra.
Mas el hijo querido de la guerra,
que al gremio torna de sus patrios lares,
cruzando en triunfo los soberbios mares,
no es un rey, no es un príncipe; es tan solo,
aquel grande almirante, aquel Don Cesar
de Moncada, á vencer acostumbrado,
cuya hazaña empezando en el reinado
de Pedro-el-Grande, estiéndese violenta

al de mi hermano Alfonso. Aquel guerrero,
que en la feral batalla
del enemigo adoracion recibe:
aquel soberbio, que rompió la valla
de uno y otro reinado, y vive, y vive,
para prez de mi pueblo y honra mia
y aun á la muerte amarra en duro lazo
al carro de su gloria,
y aun las páginas llena de la historia
con los inclitos hechos de su brazo (1).
Grande es aqueste dia
para la casa de Aragon. El gozo

(Murmullos de admiracion; todos miran á Imelda.)

mi corazon anega.
¡Cesar vuelve á su rey; Moncada llega!

(Dirijiéndose á D. Blasco.)

Vos sus hazañas referid, guerrero
en los campos de Marte encanecido,
vos que fuisteis su ilustre compañero
y á luchar y vencer le habeis seguido.
Pero silencio; Imelda

(Reparando en Imelda.)

hállase aquí; del trono enaltecido
la sola rama de sin par belleza,
hoy de tu rey el parabien recibe
y el parabien de toda su nobleza.
Verémos, caballeros,

(Dirigiéndose á los caballeros.)

quien logra en el torneo la ventura
de proclamarla ufano,

(1) Estas palabras solo pueden tener aplicacion y referirse al almirante Roger de Lauria que fué el héroe de los tres reinados citados.

la reina del amor y la hermosura.

D. Blas. Yo á fuer mas anciano...

Rocav. El que esta adarga embraza...

Ros. El que esgrimió este acero...

Gotm. Pregónanlo mis armas: «Yo el primero.»

(Presenta el escudo cuyo emblema es « *Yo el primero.* »)

Imel. Basta, señores.

D. Jai. ¿Pudo
Hugo olvidar en horas tan felices,
que ayer le armó mi mano caballero?

Hugo. Mas, blanco está mi escudo
y ni solo una enseña le engalana.

D. Jai. Conquístala.

Hugo. Señor, tal vez mañana.

(Se oyen los sones de cuernos marinos, y ruido de voces y confusion del pueblo detrás de la tienda.)

D. Jai. Alzad estos tapices.

(Los criados ejecutan su mandato.)

ESCENA IV.

Los mismos y luego Cesar de Moncada, *acompañado de* Beltran de Cervellon, Ramon de Sancliment, *y otros caballeros;* Acmet, *pages, escuderos, esclavos, etc.* = *Al levantarse los tapices del fondo, se ve á la derecha la montaña de Monjuich y á su falda el puerto y la parte de la ciudad de Barcelona, en que está situado el Palau; á la izquierda, varias embarcaciones llenas de marineros, con trajes diferentes, segun de la nacion que sean. Las galeras empavesadas, distinguiéndose las banderas de Venecia y Pisa. En el fondo del teatro, y sobre unas rocas, que dominan el mar, aparece sentado un trovador con el arpa en la mano y á su lado un niño. En el momento mismo de descubrirse este cuadro, se oirán los sones del arpa confundidos con el de los cuernos marinos de las galeras, que entran en el puerto, y los aplausos del numeroso pueblo, que rodea al trovador, el cual se levanta á poco rato, desapareciendo entre la multitud, que sube por las rocas para presenciar la llegada del Almirante.*

D. Jai. ¡Oh! Barcelona, ¡oh! ¡playas fortunadas!

de invictos adalides,
con las huellas innumeras ornadas,
que aun guarda altiva la movible arena
y acaricia la mar de pasmo llena.

D. Blas. Vuestra, es, señor, su inmensidad sublime,
y vuestro cuanto encierra
de pompa y atavío.

D. Jai. ¿Quién como yo, monarcas de la tierra?
¿Adonde un pueblo como el pueblo mio?
Fuerza es ser rey, para gozar ansioso,
las delicias sin fin del cuadro hermoso,
fruto de mi desvelo,
que atónito contempla
parado el sol en la mitad del cielo.

(Manifestaciones de entusiasmo entre las damas y caballeros).

Enjambres puedo contemplar á miles
de naves mercantiles,
que de las olas al rumor sonoro,
vuelan la ciencia á difundir y el oro.
Sus ricas proras á partir atentas
pronto darán al soplo de la brisa,
en los mares de Génova y de Pisa,
las cuatro barras de Aragon sangrientas.
Y allí las naves que á luchar salieron,
preñado el seno fuerte
de estruendo y guerra y destruccion y muerte
al puerto vuelven cuando ya vencieron.

(Pasan y cruzan por el fondo galeras leños y otras diferentes clases de embarcaciones de guerra, oyéndose lejanos gritos de triunfo.
(Al empezar este parlamento. D. Jaime se adelanta tomando del brazo á Moncayo, y los nobles le abren paso.)

Mira, ellos son, los héroes,
que el carro asolador de la conquista
llevaron en indómito deseo,
por todo el haz del ámbito europeo.

Los que luego se ofrecen á mi vista,
se postran á mis piés y en voz ardiente,
no satisfecho el indomable orgullo;
«¡queremos el oriente!»
claman al aire, y el oriente es suyo.

(Se oyen mas cercanos los cuernos marinos, se aumentan las aclamaciones y el rey se adelanta hasta el mismo desembarcadero junto al cual se desliza la galera capitana, que conduce al almirante Moncada, el cual lleno de sombría magestad, aparece luego de pié sobre la galera sosteniendo con una mano el estandarte real y embrazando con la otra el escudo en el que estará pintado su blason.

Vedle prestando vivos resplandores
al estandarte real de mis mayores.
El es quien se alza en magestad serena
y el triunfo á los ejércitos concede,
y el mar rebelde á su querer refrena.

(D. Jaime da la mano al Almirante para saltar á tierra, este va á arrodillarse y el rey le detiene).

Guárdete el cielo, Almirante,
para gloria y fortaleza
de Aragon.

Monc. Señor...

D. Jai. Ya solo
del sumo Dios en presencia
debes doblar la rodilla.

Imel. ¡Ah! ¡padre del alma!

Monc. ¡Imelda
adorada! Honor tan grande,
¡Señora!

(Dirijiéndose á la reina madre

Const. Digno te muestras
del mas alto premio.

D. Jai. Sí,
por San Jorge, ya su diestra
logró con brillante joya
ilustrar mi real diadema.

¿Es por ventura el presente
que hacer á tu rey intentas
ese numeroso enjambre
de magníficas galeras?

Monc. Despojos son del contrario,
Señor.

D. Jai. Con menos modestia
un canastillo de frutas
el labrador me presenta.
En Poblet, de tu llegada
recibí la grata nueva
y sin detenerme un punto,
dirigíme á estas riberas,
para estrecharte en mis brazos
al fijar tu planta en ellas.

Monc. (¡Que pequeño soy en medio
de mi triunfo!)

D. Jai. Entremos.

Const. ¿Bella,
Moncada, la hallais?

Monc. Un angel
hoy vuestra mano me entrega.

(Besa en la frente á su hija.)

(Despues de haber entrado todos en la tienda se bajan otra vez los tapices. El rey se sienta en la mesa con su madre invitando á Moncada y á Inelda á que hagan lo mismo. Entran varios criados que llenan las copas de oro, que otros habian dejado sobre la mesa. Las damas y los nobles hablan entre sí formando grupos diversos.)

D. Jai. Almirante, referidnos
algunas de las proezas
de vuestros fuertes soldados
en la reñida contienda.

Monc. Grandes fueron sus hazañas:
Foces, Cervellon, Centellas...

D. Jai. ¡Centellas! ¡y tu pronuncias
aqueste nombre!

Monc. Recuerda
hora la mente los hechos
anteriores á su negra
traicion. Pueden solo

(Oyese detrás de la tienda el sonido de una arpa.)

los trovadores que os cercan
pronunciar con labio digno,
los apellidos de Entenza,
Rogér, Rocafort...

D. Jai. ¿Y el héroe,
que los llevó á la pelea
no aparece entre esos bravos
cual sol en medio de estrellas?
Solo el trobador, bien dices,
cantar puede tus proezas.
Ocultándole mi nombre (A un criado).
conducid á mi presencia
á ese trobador. El arpa
entonará placentera
lo que á su adalid mi pueblo
cantó ya veces diversas.

Ros. Nadie mereció hasta ahora
tan grande honor.

Got. ¿No recuerdas
aquellos famosos dias
del almirante Centellas?

Rocav. Si por Dios; antes de alzarse
la atroz fratricida guerra
entre Aragon y Sicilia,
mas honores y grandeza
logró que el mismo Moncada.

Ros. Dicen que Centellas era
mas grande.

Hugo. Silencio; ved,

D. Jaime frunce las cejas.
D. Blas. Y el rostro del Almirante
sombrío tambien se muestra.
D. Jai. Por el dragon de San Jorge,
que sin aliento me dejas,
ni voz para contestarte.
¿Tú dejarme y en austera
abadía sepultarte?
¡Por tu salud brindo!, Cesar.
Monc. Y tambien, señor, está
á Dios consagrada Imelda.
D. Jai. Venga el trovador y diga
si esa alta frente serena
puede esconderse debajo
de una capucha. ¡Ola! llena (A uno de los pajes.)
esas copas... Por tí brindo.
¡Lealtad, valor, nobleza!

(D. Jaime bebe. Moncada levanta la copa para hacer lo mismo, pero se detiene al ver a un trovador ciego que entra con un niño, conducido por un criado.)

ESCENA V.

Los mismos y UN TROVADOR *acompañado de un niño.*

Trov. ¿Qué me quereis, caballeros?
Que ya el rey está de vuelta
del pueblo la voz pregona.
¿Es cierto? decid; Dios quiera
que no me engañe.
Es preciso que yo sepa...

(Hace ademan de marcharse).

D. Jai. Trovador, aguarda. ¿Tanto
llegar al rey te interesa?
Trov. ¡Tanto!, buenos caballeros,
que á palacio corra es fuerza.

D. Jai. Yo haré que hables al monarca;
modérese tu impaciencia.
Trov. Vos!... vos!... ¿y cuándo?
D. Jai. Mañana.
Trov. ¿Por qué no hoy mismo? A la reina
madre tambien, por fortuna,
conoceréis? Mi alma vuela
hácia palacio. Dejemos
esta playa. Enhorabuena
arriben de Argel las naves.
D. Jai. ¿Eres Siciliano?
Trov. En esta
tierra vi la luz del dia.
D. Jai. ¿Y de tu patria no llegan
á interesarte las glorias?
Trov. Con otras glorias quisiera
coronarla.
D. Jai. Estará loco. (Volviéndose á Moncada.)
Trov. ¡Loco! sí... Tantos lo piensan!
Lo escuché ya tantas veces
en los dias que corrieran
desde mi llegada... ¡Loco!
¡loco! vos mismo sospecha
tal concebisteis si sois
de palacio, al verme cerca
de sus muros con mi niño,
á quien canciones diversas
hago entonar, mientras saltan
rotas del arpa las cuerdas.
Lejos está el rey y espiran
mis acentos sin respuesta.
D. Jai. Comprender en vano intento
lo que pronuncia tu lengua.
Trov. ¿Cuándo hablaré al rey?
D. Jai. Mañana.

Trov. ¿A qué hora?
D. Jai. A las doce, espera
junto al ruinoso palacio,
que fué del traidor Centellas.

(Centellas se estremece, pero prosigue al momento con energía. Moncada observa su movimiento.)

Trov. Mañana, el dia santo,
en que al dolor y al llanto
la sonrisa y el gozo sucedieron.
El dia de la luz, en que abismadas
la muerte y la mentira ya domadas
bajo el sepulcro salvador se hundieron.
Ya de mí disponed. Hermosa llama
en mi pecho se inflama,
se agita, y se alza, y crece
y en mis manos el arpa se estremece.
Vamos. ¿Quereis que os cante
el negro fin del triste Coradino
y como arroja, con ardor divino,
sobre la plaza lúgubre, su guante?
D. Jai. No asunto lastimoso de la fiesta
el placer interrumpa. ¿Me dijiste
que no en Sicilia se meció tu cuna?
Trov. Cataluña es mi patria y os comprendo.
¿Quereis que ronco vibre
en la region del viento
mi destemplado acento?
¿Quereis que entone el cántico del libre?

(Con exaltacion y acompañando con los sonidos del arpa sus palabras.)

Sí, sí, ya el arpa mia
remeda entre torrentes de armonía
el son de las campanas,
que anunciaron al mundo las sangrientas
vísperas sicilianas.

D. Jai. Glorias tenemos en la patria amada
con que encender la inspiracion divina.
El formidable encuentro de Mesina,
los triunfos de Moncada.

Trov. Nunca tan negro crímen (Con impaciencia.)
consumarán mis manos.
¿Fáltanle al trovador asuntos dignos?
¿Cómo cantar el tétrico recuerdo
de dos reyes hermanos,
que juguete se tornan
de la francesa astucia y la romana,
y mientras en odio vil sus pechos laten,
se maltratan, ofenden y combaten?
Nunca... jamás. No fuera
hija de Dios la inspiracion sublime
si tanto oprobio á completar llegara,
y antes que al aire dar tal villanía,
á vuestros piés lanzara
rota en pedazos mil el arpa mia.

Monc. Sin duda bajo el mando de Centellas
el trovador se ha visto en la campaña.

D. Jai. Del traidor... inhumano...

Trov. No se cebe en un triste vuestra saña.
No es digno proceder de un caballero,
ni mereció jamás ceñir acero
quien obre así... tan solo el que villano
nació...

Hugo. ¡Silencio!

Monc. ¡Viva el rey!

(Levantándose de la mesa).

Trov. ¡Dios santo!
¿El rey aquí? Mas ¿dónde, dónde se halla?
En el momento á terminar me obligo;
mas que nos dejen sin tardanza solos.

Pronto, D. Jaime, y sin ningun testigo.

D. Jai. No comprendo querrá...

(César de Moncada, despues de haber cruzado sus miradas con las de su esclavo negro, se acerca precipitadamente al Trovador, le pone una mano en la frente, le mira en silencio un instante y da un fuerte grito.)

Monc. ¡Traicion!

D. Jai. ¡Moncada!

Monc. Solo con vos quedarse pretendia...
De atentado sin par veréis las huellas
cuando sepais su nombre.

D. Jai. ¿Quién es, quién es este hombre?
pronto... responde...

Monc. Fulco de Centellas.

(Estendiendo el brazo).

Todos. ¡Centellas!

(Los caballeros desenvainan sus espadas y rodean al Rey.)

D. Jai. Todo lo comprendo ahora,
sus palabras, su afan por espiarme,
el motivo de estar hora tras hora
delante de palacio. Entre su culpa
y el ejemplar castigo
medie muy breve espacio.
Guardias, que se apoderen del culpable.

Cent. Escucha, escucha ¡oh rey! fuerza es que te hable.

D. Jai. Señores, á palacio.

(Hugo es de los que habian aprisionado á Centellas, que desaparecen por la izquierda, en tanto que por la derecha sale el rey acompañado de toda su comitiva. Moncada es el último de los caballeros, y antes de salir lanza una mirada de inteligencia á Acmet su esclavo.)

Monc. ¡Acmet!

ESCENA ÚLTIMA.

LA REINA CONSTANZA, IMELDA, *las damas de la corte y luego* HUGO. = *Constanza, al ver llevar á Centellas entre los guardias, ha quedado como desvanecida. Imelda y las damas se acercan á ella; en todos los semblantes se ven pintados la sorpresa y el terror.*

Imeld. ¿Quién es ese hombre
que con solo su nombre
á todo un reino de robar acaba
la ventura y la paz de que gozaba?

Hugo. ¡Señora! (Dentro.)

(La Reina se levanta azorada mirando á todas partes.)

Const. ¡Ay! esa voz.

(Entra Hugo lleno de brio y con la espada en la mano.)

Hugo. Señora, cese
vuestro temor. De los viriles años
hay la fuerza en sus miembros, mas vencida
por mi brazo...

Const. Y el cielo lo ha mirado
sin gritar furibundo: «¡parricida!»

(A Hugo separándole de las damas.)

Hugo. ¿Ese hombre...? (Palideciendo.)

Const. Tu padre, ¡desdichado!!!

(Hugo da un grito, arroja lejos de sí la espada y cae de rodillas cubriéndose el rostro con ambas manos. Imelda se echa en los brazos de Constanza. El esclavo negro de Moncada estará en el fondo atento á cuanto acaba de pasar.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Acto segundo.

Palacio de la Condesa Margarita conocido por el *Palau*. -- Salon de paso á la antecámara del Rey ; en las paredes se verán grandes tablas pintadas que representan retratos de la familia real de Aragon ; puertas laterales ; á la derecha una gran chimenea con lumbre ; en el fondo otra puerta mayor que comunica á una galería , al través de cuyos arcos se divisan algunas torres del palacio, y en lontananza el puerto con las naves, el punto donde desembarcó Moncada, y la montaña de Monjuich. En medio de la escena un sillon junto á una mesa con pergaminos , recado de escribir y un reloj de arena. Todos los muebles son góticos revelándose el gusto purísimo del siglo catorce. (Crepúsculo vespertino.)

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon, EL VIZCONDE DE ROCABERTI , PEDRO JORGE DE GOTMAR, *y* ROS DE SAN MATEO *aparecen hablando entre sí. Formando corro y junto á la mesa*, D. BLASCO DE MONCAYO, RAMON DE SANCLIMENT, BELTRAN DE CERVELLON *y otros varios nobles, algunos de los cuales no estaban en la tienda cuando la llegada de Moncada. Cerca de la chimenea, el* CONDE DE AMPURIAS *silencioso, pero atendiendo á las conversaciones de los nobles.*

D. Blasco. ¡Bizarro jóven!
Sancliment. Es Hugo modelo de nobles.

Gotmar. Fechas
equivocando y al traste
con la verdad de los hechos
dando siempre. Contestadme,
Moncayo: ¿cuántos los años
son, que desde que el infante
robado fué trascurrieron?
¿Nueve ó diez?

D. Blasc. Diez.

(Se reunen todos los nobles formando grupo. El conde de Ampurias únicamente permanece aislado.)

Gotmar. Por lo que hace

(Dirijiendo la palabra á Rocaverti.)

á vos, vizconde, no estraño,
que ignoreis del duro trance
los pormenores. El ansia
de acompañar inmutable,
tras su soñada corona,
á los Cerdas.

Rocav. Adelante.

Gotmar. Debo ante todo deciros,
que al renombre de su padre,
que *Grande* supo escribir
en su corona radiante,
nuestro Monarca, el de *Justo*
prefiriendo, el vasallaje
del Papa acepta y no solo
á su rencor insaciable
y á la francesa venganza
abandona á los leales
Sicilianos, que aun de amor
le rendian homenaje,
y al rey Federico, hermano

suyo, sino que á los planes
uniéndose y á las armas
del de Anjou contra ellos parte.

D. Blasc. ¡Negro recuerdo!

Gotmar. A Sicilia
volamos para prestarles
ayuda.

Ros. Por nuestros fueros
obrar así nos fué dable.

Gotmar. Y allí vimos á Centellas.

Sancli. Tambien por fueros iguales,
aquí vimos á Moncada.

Rocav. ¿Con qué al fin los dos gigantes
se encontraron frente á frente
haciendo temblar los mares
con sus miradas? Amigos,
lo sé tambien. Aunque errante
por Castilla, á mis oidos
la nueva llegó inefable,
de que Sicilia acababa
por la libertad de alzarse,
por el soberbio Centellas
reconquistada, que enjambres
de aragonesas escuadras
detiene á distancia grande
de sus playas, afrontando
los rayos interminables
del Vaticano.

Ros. Y Moncada,
que á tan alta esfera álzase
al lado del rey Don Pedro,
entonces llegó á mirarse
por Centellas eclipsado.

D. Blasc. La victoria arrebatarle
quiso Dios, porque la causa

que defendia constante
no era justa.

Sancli. No olvidemos
que el Centellas formidable
fué vencido.

Ros. Que lograron
prisionero hacer, di antes.

Sancli. Es igual, Sicilia fué
la vencida, si así os place.

Gotmar. Bien dijiste. En la batalla
de Mesina, la triunfante
espada al fin prisionera
se vé, y al suelo se abate
Sicilia herida en el alma.

C. de Amp. ¿Puedes vencido llamarle?

(Se acerca á Gotmar y le da la mano, dirijiendo la palabra á Sancliment y luego á Gotmar.)

Prosigue, jóven, prosigue;
es hermoso tu lenguaje.

(El Conde de Ampurias vuelve otra vez á colocarse junto á la chimenea y guarda silencio.)

Sancli. ¡Conde de Ampurias!

Rocav. Tampoco
ignoro la deplorable
suerte de Sicilia. Entonces
vuelve la estrella á ocultarse
de su libertad.

D. Blasc. Entonces
lo que era Fulco se sabe.

Sancli. No, despues se supo, cuando
de sus prisiones se evade.
Y.... ¿se dijo esto en Castilla?

(A Rocaverti.)

Gotmar. Era hombre y quiso vengarse.

Sancli. Y rompe sus grillos, y arma
de esclavos almogávares
dos galeras, y sabiendo
que la Reina en débil nave,
con su hijo recien nacido,
hácia Barcelona sale
de Palermo, sobre el buque
se lanza, roba al infante...
C. de Amp. ¿Lo viste tú?
Sancli. Su cuñado,
el de Moncada, este lance
me refirió muchas veces
dando de angustia señales.
Doña Blanca y cuantos iban
en la galera, al infame
Fulco aclamar escucharon
en el fragor del combate.
Ros. Malvado fué desde entonces
para el mundo.
D. Blasc. Al ahuyentarse
de la luz probó su crímen
y en misterio impenetrable
al abismar su existencia
maldecida en todas partes.
Rocav. ¿Y dicen, que del Rey niño
los restos aun palpitantes,
se encontraron en la playa?
Sancli. Y junto á ellos la notable
daga que llevaba siempre
el enemigo Almirante.
C. de Amp. Y allá en monte Peregrino,
prision de Fulco, á encontrarse

(Misteriosamente.)

llegaron unos carbones

y hierros llenos de sangre.

D. Blasc. Cesar de Moncada.

ESCENA II.

Los mismos y Cesar de Moncada.

Monc. El Rey
acepta vuestras leales
ofertas. Ya retiraros
podeis, no recibe á nadie.
Harto bien sabeis la causa,
que en impío dolor le abaté.
A vos, Sancliment, confia
la custodia de la cárcel.
Gobernador del castillo (A Cervellon.)
del puerto desde este instante
sois, Cervellon. Vigilad;
las guardias deben doblarse.

(Vanse todos los caballeros saludando al almirante Moncada.)

ESCENA III.

Moncada *solo.*

Monc. «Entre los de los reyes se coloca,
dijo el Rey, tu retrato;» de su boca

(Mirando con exaltacion los retratos que cubren las paredes.)

lo escuché enagenado,
y ya el mundo asombrado
espléndido laurel de mí recibe.
¿Quién, Moncada, cuál tú?... Centellas vive!!

(Cae abatido en la silla.)

No hay horizonte alguno,

que mi existencia rija,
solo hay un nombre que lo llena todo,
y lo condensa y fija.
Es Fulco de Centellas;
por él mis triunfos mas que las estrellas
del cielo resplandecen,
y por él los abismos se estremecen
al escuchar mi nombre. Cual ninguno
grande soy en el crímen y en la gloria.
¡Fatal comienzo de mi negra historia!
Allí el gran Rey estaba
de punta en blanco armado,
cuando su acento resonó en mi oido.
«*A Fulco participa mis deseos,*
quiero salir con él para Burdeos (1),
á donde el asesino
me ha retado, del triste Coradino (2).»
«*De caza está en sus bosques de Centellas.*»
yo le respondo porque tal creia,
y «*acompáñame tú,*» replica entonces
Pedro-el-Grande; y que Fulco no se habia
á sus bosques partido,
llego á saber despues, y estremecido
quiere Dios que me vea,
por el temor de que el Monarca crea,
que por envidia mísera he mentido;

(1) Segun Zurita, Desclót, y demás historiadores y cronistas catalanes y aragoneses los únicos caballeros que acompañaron á D. Pedro-el Grande en la celebrada aventura de ir al palenque, donde debia verificarse su ruidoso desafío con Cárlos de Anjou, fueron: D. Blasco de Alagon, Bernardo de Peretallada y Conrado Llanza, deudo del rey de Aragon.

(2) El jóven emperador Coradino, último vástago de la casa de Suevia, murió, por órden de Cárlos de Anjou, á manos del verdugo, en la plaza pública, á últimos del año 1268. Juntamente con él, fueron decapitados su primo el jóven duque de Austria y el conde Galvano Lanza, sobrino de Blanca, la cual estuvo casada con el emperador Federico II, abuelo de Coradino y de Constanza, reina de Aragon. = Zurita, Desclót, Pyrrus, Villanus, etc.

y fué preciso en breve
borrar mi yerro leve.
Se borró... se borró... Falta muy leve
logro ocultarla; pero,
la cadena fatal de mis delitos
estaba ya empezada
y en ella tuvo su eslabon primero.
Ella engendró el rencor y odios fatales,
me llevó al regicidio... ¿Y tantos males,
por qué? ¡Ay! solamente
porque fuese de todos ignorada
una equivocacion. Débil la mente
no acierta á concebir... ¡infortunada
fragilidad del hombre!!!
Cesó toda esperanza...
Dejemos lo pasado.
¡Vive! ¿y á qué vivir? Sed de venganza
le ha del sepulcro alzado
en este para mí solemne dia.
¿Sabrá que el alma mia
de lucha está cansada?
Soy viejo... en otro tiempo... terminada
mi zozobra estuviera ¿qué hacer debo?
¿Lo quieres tú? será: ¡Combate nuevo!!!

ESCENA IV.

MONCADA Y ACMET. = *Moncada al ver al esclavo hace un esfuerzo para serenarse y con dignidad va hácia él.*

Monc. Te aguardaba, esclavo.
Acmet. Dueño.
(Con sumision)
Monc. En Sicilia me dijiste,
que ya estaba obedecido

Acmet. ¡Perdon!
Monc. Responde y no olvides
que soy yo el que te demanda.
¿A quién debo la terrible
aparicion de ese ciego?
Acmet. A mí tan solo.
Monc. ¿Qué hiciste?
Acmet. Alterar vuestro mandato.
Monc. ¡Esclavo!...
Acmet. Siempre me dije
que una ceguera igualaba
á la muerte. En vez de herirle
en el pecho herí sus ojos.
Monc. ¿Al oro vil te vendiste?
Acmet. Sino me hablara mi dueño
fuera como airado tigre...
Monc. ¿Tornar al desierto anhelas?
Acmet. Con ansia mas indecible,
que á la clara luz mis ojos
durante la noche.
Monc. Libre
serás.
Acmet. ¡Señor!
Monc. Mas no hoy,
ni mañana. Toma y sirve

(Le dá una llave que él toma, besándole la mano.)

fiel á tu dueño. Es la llave
de la puerta que dirije
á la cárcel; en secreto
observa al que en ella gime.
(Vuelvo á ver al rey.)

(Vase por la derecha.)

ESCENA V.

ACMET *solo*, *luego* IMELDA.

Acmet. Hoy no,
mañana no, despues libre.
Relincha, corcel soberbio,
al aire tus piés envien
el torbellino de polvo,
que habrá el lugar de decirme
á donde te hallas. Hoy no,
mañana no; despues libre.

Imel. ¿Y mi padre? ¿Sabes tú

(Sale por la derecha.)

á donde se halla? ¿Lo viste...?

Acmet. Hermosa sois como el sol
de mi patria!...

(Con los ojos fijos en Imelda.)

Imel. Pero ¿dime?

Acmet. Quisiera hablaros.....

Imel. Despues.

(Escuchando.)

Hugo. Imelda, Imelda...

(Desde dentro.)

Imel. Te quise
siempre bien, déjame... vete

(Imelda alarga su mano á Acmet, este se la besa.)

Acmet. Respira, Acmet, despues libre.

ESCENA VI.

IMELDA *y* HUGO, *que entra agitadísimo por el fondo.*

Hugo. ¡No hay en la tierra piedad
ni virtud!

Imel. Hugo ¡Dios santo!
Hugo. Risa produjo mi llanto,
mi ruego hallo crueldad.
De mi tremenda afliccion
los impíos se han burlado
porque estaba arrodillado
delante de su prision.
Imel. Calla, no agraves tu mal.
Hugo. ¿Qué es de mi padre no escuchaste?
Imel. ¿Dónde te hallas olvidaste?
Hugo. En la antecámara real.
Imel. Calla.
Hugo. Imelda no lo vió;

(Imelda hace vivos ademanes para que Hugo cese de hablar, pero este con su arrebato no le presta atencion.)

pero mira, esta es la mano,
que sobre el mísero anciano
sacrílega se arrojó.
Este el labio que al oir
su maldicion espantosa
pudo con risa rigurosa
de nuevo su pecho á herir.
Bien sé que son imprudentes
mis palabras, que quizá
alguien las escuchará,
que las juzgue delincuentes.
Que las escuchen... prefiero
ver mis miembros destrozados,
á que se queden manchados
con crímen de horror tan fiero.
A tu padre ruega; hermano
el mio fué de su esposa,
tu eres su hija amorosa

(Con mucho interés y pasion.)

el perdon está en tu mano.
No mi dicha se retarde;
tu voz, que su pecho alhaga
brisa será que deshaga
la tempestad de la tarde.
Sé como faro divino,
que alumbra en mar borrascoso;
sé cual ángel victorioso,
que le lleve á buen camino.
La vida á Fulco debí,
Fulco gime en este dia,
sálvale tú, Imelda mia,
y me salvarás á mí.

ESCENA VII.

Dichos y la REINA CONSTANZA *que desde el fondo contempla á Hugo y á Imelda.*

Const. ¡Y no habrá el cielo piedad!
Imel. ¡Señora!
Hugo. ¡Madre!
Const. ¡Hijos mios!
(Abrazándolos.)
¡Cómo pasasteis impíos
sueños de felicidad...!
Sé que el alma en pena fiera
(A Hugo.)
grito de honor no reprime;
mas á Imelda el seno oprime,
Hugo, por la vez postrera.
Hugo. ¿Quién órden dió tan cruel?
Const. El destino.
Hugo. ¿Acaso yo
soy esclavo suyo? No,
que aun puedo luchar con él.
Const. ¡Ay! ¡si acude al llamamiento

de tu loco desafío!

Hugo. Jóven soy, pero con brio
para vencerle me siento;
¿Y he de callar sin valor
porque al destino le cuadre
arrebatarle á mi padre,
y alejarme de mi amor?
Y esto que garras de muerte
dá á la paloma sencilla,
y á la mansa corderilla
en tigre voraz convierte,
mirarlo en su amor profundo,
podrá el hijo y el amante
sin intentar delirante
romper los ejes del mundo?
¡Oh! dejadme y podréis ver
si el sino que me persigue
de mi corazon consigue
juguete mísero hacer.

Const. ¡Si Dios quisiera amparar
tus ardorosos estremos!
Mas fuerza es que procuremos
la tormenta conjurar.
Que nos reunamos conviene
en mi aposento. A él irás...
y hoy á tu padre verás.

Hugo. ¡Ah!

Const. Silencio; el Rey viene.

(La Reina Madre y Hugo salen por el fondo; Imelda por la izquierda.)

ESCENA VIII.

DON JAIME *y* MONCADA.

D. Jai. Al vernos llegar se alejan.
Monc. La Reina ampara al culpable.
D. Jai. Era de esperar... yo propio...
¿Cómo olvidar, que mi padre
le llamó su compañero,
que fué valiente y fué grande?
Que mañana se reunan,
en cuanto la aurora raye,
en el tribunal escelso
los nobles y dignidades.
Mas antes quisiera ver
á ese hombre. ¡Vengar cobarde
sobre un inocente niño...!
Ven conmigo... quiero hablarle.

(D. Jaime se dirige hácia el fondo. Moncada desconcertado y maquinalmente pone su mano sobre la daga.)

Monc. (¿Qué es de mí?)

(D. Jaime se detiene y se dirije hácia la puerta por donde salió con Moncada.)

D. Jai. Pero no... luego
te buscaré... ¡Hola! mis pages.

(Salen dos pages.)

A la Reina que la aguardo
en la capilla. Implacable
es el rigor de mi síno.
Eternos serán mis males.

(D. Jaime se va por el fondo. Moncada permanece mudo y lleno de estupor en medio de la escena. Es casi de noche.)

ESCENA IX.

MONCADA *solo*.

(Moncada fija su mirada en la mano con que aun tiene empuñada la daga.)

Monc. El celo por mi gloria, la primera
falta me obliga á cometer; que se hunda
en el misterio es fuerza, la segunda
cometo y la tercera,
y otra despues, y aun otra, y luego un crímen:
á este escondo con bárbaro heroismo,
á costa de otro, en insondable abismo,
y este con otro sepultarse puede,
y otro al último siempre se sucede.
Y ahora... ¡Gran Dios! ¿qué hubiera
llegado á hacer para que el Rey no fuera
á esa negra prision, que ardiente clavo
sujeta en mi memoria?
¡Oh! no lo sé... ¡Mas con el mundo acabo
antes que con mi gloria!!!
Treinta años de existencia,
para crear y defender mi nombre,
que enseña á pronunciar al tierno niño
la cuidadosa madre,
antes que el santo nombre de su padre.
porque el símbolo en él mira y venera
de la lealtad, de la pujanza fiera,
del respeto á las leyes,
del amor á la patria y á sus reyes.
¡Esto vale un nombre para el mundo!
Y tanta y tanta gloria atesorada
á una palabra sola de Centellas
en infamia contemplo
y en deshonra trocada;

¿Y mi hija ha de heredarlas, y con ellas
el nombre de Moncada...?

ESCENA X.

MONCADA é IMELDA. = *Imelda se acerca con paso timido á su padre, quien al verla se estremece contemplándola con vivísima ansiedad.*

Imel. ¿No es verdad que me llamaba
tu corazon junto á tí?
Su voz, en silencio oí;
tambien yo hablarte anhelaba.
Cuantos placeres abarcas
en tu triunfo mios fueron,
cual yo, honradas no se vieron
las hijas de cien Monarcas.

(Moncada sigue callando, pero en su semblante se revela la profunda sensacion que le causan las palabras de su hija.)

Vuestra fama esclarecida
brindome con gozo tanto...
¡cuánto os debo, padre, cuánto!

(Le abraza con ternura.)

Monc. (No han de verla envilecida.)
Imel. ¡Oh!
Monc. ¡Pobre niña!... (Callemos.)
Imel. ¿Qué causa tales enojos?
¿Lágrimas en vuestros ojos?
De gozo serán... Lloremos.
Pero no:... fácil es ver,
porque angustia destructora...
Monc. ¡Imelda!
Imel. El el mundo mora
el dolor junto al placer.

Por Fulco llorar os miro,
que hubo en mas hermoso dia,
su hermana en la madre mia.
¡Siempre mas grande os admiro!

Monc. (¡Basta! ¡basta, corazon!)

Imel. Si hoy ella viviese, aquí
la veriais como á mí
demandandoos su perdon.

Monc. (No, es su existencia mi muerte,
es la infamia.)

Imel. Oidla ya,
que os implora por su suerte
y su perdon.

Monc. Lo obtendrá.

Imel. Ahora conozco, exaltada
el alma en santo placer,
cuanto de orgullo hay en ser
hija vuestra.

Monc. (¡Desdichada!)

Imel. Al rey suplicad, que en breve
de la capilla saldrá.

Monc. ¡Oh!

(Se levanta azorado, pero se contiene en seguida.)

Imel. Nada negar podrá
á quien hoy tanto le debe.
El ser con Fulco piadoso
paz y dicha os galardona,
y aumenta vuestra corona
con el floron mas hermoso.
Vuestro acento, que al soldado
enardece en la pelea,
empleado al punto sea
en favor del desgraciado.

Monc. Sí, vete... el rey va á venir.

(Acmet, Acmet...)

Imel. ¿No es verdad
que habrá el Monarca piedad?

Monc. Vete á rezar.

Imel. Sí, á pedir,
que con su perdon, laurel
divino os ciñais. A Dios;
rogaré, padre, por vos.

Monc. Y ruega tambien por él.

(Imelda besa la mano de su padre, y se retira como asombrada.)

Monc. ¡Su deshonra me pedia!!!

ESCENA XI.

MONCADA *luego* ACMET.

Monc. Ya el rey se dirije á mí
irá á la carcel y allí.....

(Entra Acmet y Moncada le coje por el brazo.)

Habla ¿El preso qué decia?

Acmet. Nada, señor.

Monc. ¿En su mortal angustia
su mansion asordaba con lamentos?

Acmet. No; sosegado... mudo...

Monc. ¿Así le has visto?
Dices que sosegado... no comprendo...
¡oh! si mil veces!... esa es la bonanza
precursora del trueno:
ese es el negro instante, en que medita
el delator la acusacion que debe
á su contrario hundir... ¿Con que en silencio?
¿A que su suerte ha puesto en el olvido
para acordarse de la mia? ¿Al preso
hablaste?

Acmet. Sí, mas responder no quiso;
en cambio hallé á su lado y en el suelo
aqueste pergamino.

Monc. Dirigido
se halla á la reina madre, y que es de un ciego,
bien por sus caractéres ver se deja.
Esa lumbre que brille en el momento.

(Acmet atiza la leña levantándose en seguida de la misma una llama resplandeciente, á cuya luz Moncada lee.)

«No mi vida á los hombres pertenece,
«solo es de Dios, que bondadoso ha puesto.
«entre mis manos sin igual tesoro»

(Acmet sigue atizando la leña y mira á Moncada que estará convulso con el pergamino en sus manos; el viento arrecia.)

Acmet. (Tiembla el señor... y ordenará á su siervo.)
Monc. «Mi constante inocencia patentiza
«el que os revelaré negro secreto,
«y con él á mi rey y al pueblo mio
«hoy la esperanza y el placer devuelvo.»
¿Hállase el preso solo?

Acmet. En sus rodillas
reposa un niño.

Monc. Mientes. (Agitadísimo.)

Acmet. Contra el pecho
como si fuese su existencia propia
lo estrechaba.

Monc. ¡No!... No!...
(Como delirante.)

Acmet. Mil y mil besos
le prodigó frenético y su frente
adoraba.

Monc. ¿Qué mas?

(Sigue con espantosa ansiedad.)

Acmet. Al Eterno
oraba fervoroso, por la vida
del niño.

(Momentos de silencio profundísimo. Moncada despues de un grande esfuerzo queda tranquilo, se sonrie y toma una actitud llena de grandeza que inspira terror. El viento arrecia por grados.)

Monc. ¿Quién soy yo?
Acmet. Vos sois mi dueño.
Monc. Mis órdenes escucha,
Acmet. Ansío escucharlas.
Monc. ¿Tienes valor?
Acmet. Soy hijo del desierto.

(Acmet desenvaina el puñal, anima su mirada y sus labios con una sonrisa fiera y se dispone á salir para el fondo.)

Acmet. Hablad.
Monc. Mátame.

(Presentándole el pecho).

Acmet. ¿Yo?

(Retrocede y se le escapa el puñal.)

Monc. Cobarde siempre.

(Moncada se precipita sobre el esclavo y le obliga á poner una rodilla en el suelo cogiéndole por un brazo.)

¿No me dijiste, que en el hondo encierro
de ese hombre aterrador, hallase un niño?

(Mirándole de hito á hito.)

Ese niño ¿quién es? responde luego...
¡Alma vil de mujer, maldita seas!

(Lanzando al esclavo completamente al suelo.)

Acmet. En la espesura le dejé creyendo,

que mi designio á completar vendrian
las fieras mis hermanas.

(Acmet se levanta, dá un salto y corre hácia el fondo blandiendo el puñal, Moncada corre hácia él.)

Acmet. Aun es tiempo
de ser hombre.
Monc. ¿A dó vás?
Acmet. Vuelvo á la cárcel
(Deteniéndose.)
Monc. Ni un paso mas, Acmet, sangre no quiero.
(Acmet se acerca y embaina el puñal con grande calma.)
Acmet. ¿Que le place á mi dueño?

(La cortina de la puerta de la izquierda se vé cenvulsivamente agitada por la mano de una persona, que oculta detrás de los tapices, hace vivos esfuerzos para oir las palabras de Moncada.)

Monc. Necesito
que á manos de su honor le juzguen muerto.
Acmet. Estará receloso y es probable
que no quiera tomar...
Monc. Aun no preveo
el suspirado fin de aqueste dia.

(Sin atender al esclavo y escuchando los b ramidos del mar y del viento.

Hermosa era la tarde: en calma el viento,
las inmóviles ondas retrataban
el purísimo azul del claro cielo;
hora rugir las oigo y estrellarse...
Lo que ha de ser que sea. ¿Te has resuelto?
Acmet. No acierto. ¿Es fuerza que suponga el mundo,
que él mismo se dió muerte?
Monc. Oyeme atento.
Yo he mirado tus brazos estenderse
y agitarse con ímpetu mas fiero,

que estiende la melena y la sacude
bravo leon el arenal midiendo.
Dale un abrazo.

Acmet. Morirá. ¿Y el niño?

Monc. Quizás ya no le encuentres junto al preso.

Acmet. ¿Mas si le hallo?

Monc. Que viva.

Acmet. ¿Por la puerta
secreta habré de penetrar de nuevo?

Monc. No, su llave me dá. Con este pase
(Escribiendo.)
llegarás sin obstáculo á su encierro.

(Moncada rubrica y sella un pergamino que entrega al esclavo y este lo guarda en su escarcela.)

(Como abismado en mil pensamientos diversos, Moncada se dirije hácia el fondo y vuelve de nuevo acercándose á la mesa, y señalando á Acmet el reloj de arena lo vuelve en seguida.)

Cuando el último grano al fondo baje,
dirígete á la cárcel en su encuentro:
para cruzar los patios de palacio
acompáñame ahora. (¡Tengo miedo!)

(Moncada se coge del brazo del esclavo, dá algunos pasos, se para, suelta el brazo del negro, retrocede precipitadamente y se va á apoyar en una de las estatuas de la chimenea. Levanta una mano y llama á Acmet, quien temblando se acerca.)

Monc. No ya, africano, me verán tus ojos;
(Con voz desconcertada.)
no ya en tu oido sonará mi acento,
ni tu mano obrará... Juzga que han sido
mi existencia y la tuya horrible sueño.
Libre al desierto vuela en cuanto cumplas
con el mandato mio postrimero.
Oyeme pues.

Acmet. Señor.

Monc. En la bajada
de S. Miguel, y al lado del desecho
palacio de Centellas... se levanta
una torre, que unida en sus cimientos...
Acmet. Sé á donde está; seguid...
Monc. En cuanto salgas
de la prision...
(Haciendo esfuerzos para hablar.)
Acmet. Hácia la torre vuelo...
Bien.
Monc. Un caballo encontrarás en ella
y un niño; su persona es de respeto,
digna cual Dios, y como Dios sagrada...
no has de atreverte ni á mirarla, pero...

(Moncada se encamina y desaparece por el fondo hablando en voz baja á Acmet, y dando señas manifiestas de un abatimiento mortal.)

ESCENA XII.

IMELDA *sola, luego* HUGO. = *Despues de un momento de silencio se levanta la cortina de la puerta de la izquierda, y sale Imelda con paso vacilante, se dirige hácia el foro para convencerse de si efectivamente eran Acmet y su padre los que acababan de salir.*

Imel. ¡Qué escuché!... no, no lo creo:
es una vana ilusion
de la mente acalorada;
¡un delirio abrasador...!

(Corre hácia la mesa, coje el reloj, y para ver si realmente baja la arena, se acerca á la chimenea y mira el reloj.)

No lo creo... ¡es imposible!
Mas la Reina me contó
historias de odios terribles
y de insaciable rencor.
Algo temia. (Gritando.) D. Jaime,

Reina Constanza:... mi voz...
no pueden oirme... están
en presencia del Señor...
y esta arena que se acaba.
Acmet, Hugo, ¡compasion!

Hugo. ¡Imelda!

(Sale corriendo.)

Imel. ¡Ay! ven: (él no puede
saberlo.)

Hugo. ¿Qué quieres?

Imel. Yo,
nada. ¡Te he llamado acaso!
(¡Ay! ¡tremenda situacion!!!)

Hugo. No distingo tus facciones
pero me llenan de terror.

(Turbado y sin comprender á Imelda.)

Soy yo... ¿Qué tienes?

Imel. Sí, ahora
recuerdo... impío terror
me asaltó,... porque la luz
de mi lámpara apagó
el viento... ¿no oyes quejidos?
¿ayes como de dolor
cruel?...

Hugo. Cálmate, bien mio;

(Abrazándola.)

el huracan arreció
y en esos arcos se estrella.

Imel. (Si perderé la razon
antes de que vuelva el negro.
¿Y si á la cárcel celoso
se dirije sin venir...
antes aquí...? ¡No; gran Dios!!!
Se acerca...) Déjame sola.

Hugo, vete, por favor.

(Imelda cierra las puertas de la derecha é izquierda.)

Hugo ¿Qué haces?
Imel. ¡Ah! ¡no! no te vayas.
Silencio... en tu corazon
guarda... Ni al Rey, ni á la Reina,
ni á tí mismo... Dios me oyó.

(Dirigiendo la vista por donde debe entrar Acmet.)

(Imelda hace una seña á Hugo para que se calle y se le lleva á un ángulo del fondo. Hablan en voz baja con la mayor espresion.)

ESCENA ÚLTIMA.

Entra ACMET *con una lámpara; se sienta y apoyando los codos sobre la mesa y el rostro en ambas manos, permanece inmóvil con sus ojos clavados en el reloj de arena, al lado del cual ha colocado la luz. Sigue el ruido del viento.*

Hugo. Dime...
Imel. Nada, esa escarcela
quiero únicamente yo.
Al matar el resplandor
de esa luz...
Hugo. ¿Imelda?
(Queriéndola detener.)

Imel. (Riéndose.) Acmet.

(Imelda corre precipitadamente al lado del esclavo, el cual sigue impasible y sin moverse. Hugo permanece en el fondo del teatro.)

¿Qué miras? ¡Con qué atencion
clavados los ojos tienes
en la arena... ¿Del reló
cuentas los granos? Pareces
un brujo... Me da pavor
tu torvo ceño. ¡Jesús!!!

¿No me ves? Imelda soy.
¿Por qué tus ojos no vuelves
hácia á mí? ¡Qué obstinacion!

Acmet. Despues.

Imel. Ha un punto querias
hablarme. ¿Por qué ahora no?

Acmet. Parto al desierto.

Imel. ¿Y qué anhelas,
que antes dèl último á dios
escuche yo de tu labio?

Acmet. Ya, nada.

(Dá un suspiro profundísimo, y en el mismo momento Imelda apaga la luz de la lámpara, precipitándose Hugo sobre Acmet.)

Hugo. Esclavo.

Acmet. ¡Traicion!

(Cae el telon, en el instante en que Acmet se levanta furioso para defenderse de Hugo, no oyéndose mas que un grito de los tres.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Acto tercero.

Cárcel en las torres romanas de la bajada de los leones, unidas al Palacio de la condesa Margarita. Grandes pilares sostienen las bóvedas húmedas y ennegrecidas, que se estienden á ambos lados de la escena. El fondo presenta la concavidad de dos torres; en la de la izquierda se vé una gran puerta de entrada con una escalera que sigue la misma inclinacion de la torre; en la de la derecha hay una ventana grande de forma semicircular con reja, al través de la cual se vé por intérvalos, á la luz de la luna, el puerto y el punto donde desembarcó el almirante Moncada, y la montaña de Monjuich.

ESCENA PRIMERA.

CENTELLAS *con el niño, despues* MONCADA. = *Al levantarse el telon, Fulco de Centellas estará con una rodilla en el suelo y apoyado el codo sobre el banco de piedra; con una mano sostiene su cabeza, la otra la tiene enlazada con las del niño, que dormido sobre el monton de heno, reclina su cabeza sobre la rodilla del anciano. Despues de unos momentos de silencio, en que sigue oyéndose el ruido del viento, como al concluir el acto segundo.*

Cent. ¿Y qué fuera de mí, desventurado,
si en un Dios de justicia no creyera,
si su existencia clara
cual la luz de otro tiempo no mirára?
¡Ay! infeliz, si en duelo tan colmado

la creencia no hubiese
de que alguien elevado
del mundo sobre el raudo torbellino
sabe á donde mis pasos encamino.
Creer en tí y amarte es mi deseo.
¡Justicia eterna!... ¡y creo!
Sí, creo, pero tiemblo... Aquí Moncada
se halla... sobre ese techo
cóncavo me parece que resuenan
sus pasos y me llenan
de cruda angustia y susto.
Y yo en Oriente le creí... A lo menos,
porque no detuviste
su llegada ¡Dios justo!
durante breves horas.
No por mí; nunca, santo Dios, me viste
hablarte de mis penas destructoras;
por ese niño triste solamente,
por ese niño, hermano
del ángel inocente,
que te adora en tu trono soberano.

(Doblando la cabeza sobre la frente del niño).

¡Duerme! A que brille la hora aguardarémos
de Dios y de los hombres. No; intentemos
siquiera un medio. Si llegar alcanza

(Por el fondo y entre los pilares aparece un embozado.)

el pergamino á manos de Constanza.
Mi carta ¿á dónde?... ¡Oh cielos soberanos!

(Centellas se levanta despues de haber colocado la cabeza del niño sobre el heno. El embozado despues de adelantarse algunos pasos se apoya en uno de los pilares. Centellas busca su carta y no la encuentra.)

¡Pobre náufrago! un leño todavía
sobre el hondo feroz te sostenia

y tambien se te va de entre las manos.
Gime nuevos pesares.
¡Oh! ¡cuál rugen los vientos y los mares!

(El embozado se descubre y es César de Moncada, levanta la tapa de la linterna y al ver á Centellas, que con paso incierto se acerca á él, vacila y hace ademan de retroceder.)

Monc. (Busca la carta... la ocasion es esta).

(Moncada se adelanta, deja su linterna sobre el banco y estremecido levanta la capa que cubre al niño á quien mira con la mayor atencion.)

Como el combate ha de empezar veamos.
Cruzaba una señal su frente... ¡Cielos!
El guante recogí ¡destino infausto!

(Moncada horriblemente ajitado coje el niño en sus brazos y se lo lleva, dirigiéndose hácia la puerta misma por donde salió. Centellas, que está al pié de la escalera buscando su carta, dá un grito, se abraza con uno de los pilares de enmedio de la escena y escucha con ansiedad mortal.)

Cent. ¡Oh sí!... vientos callad... yo soy Centellas.
Yo soy el criminal... Mi hijo... ¡Dios santo!

(Se dirije hácia el monton de heno, tropieza con él, estiende sus brazos dejándolos caer para abrazar al niño, no le halla, se levanta precipitadamente y se dirije á donde cree oir los gritos del infante y la voz de Moncada.)

Monc. Por él no temas.

(Desaparece por la izquierda.)

Cent. ¡Cesar!, no, mentira.
¿Y esos sus gritos son? A que dudarlo.
Es el infante... ni el menor recelo
me queda ya... no puedo. Ese es su llanto.
Mis ojos... quiero ver... Moncada... espera.
¡Tú, justo Dios, detenle con un rayo!!

(Desaparece por uno de los rompimientos laterales y se oye en seguida como el ruido de un cuerpo pesado, que cae en el suelo. El viento arrecia; por la reja del fondo, y á la luz de la luna, se vé el puerto y las naves, que han entrado con el almirante Moncada. Silencio pro-

fundísimo. Se oye la voz de un centinela que talarea la cancion popular del Almirante.)

Moncada es grande,
su fuerte brazo
sosten del trono
del pueblo amparo.

ESCENA II.

IMELDA *sola, luego* CENTELLAS. — *Óyese ruido de llaves, ábrese la puerta del fondo y aparece Imelda que permanece en lo alto de la escalera, no atreviéndose á bajarla. Cúbrela un manto negro y trae una lámpara en la mano.*

Imel. Siempre creyendo percibir lamentos;
no puedo respirar; tiemblo de espanto.
Un abismo es sin fondo. ¡Vírgen santa!

(Levantando la luz en alto.)

Esta luz retrocede... lucho en vano.
¡El esclavo!... su grito de venganza
al verse de Hugo entre los fuertes brazos
me sigue por do quier...

(Imelda baja la escalera con gran rapidez creyéndose perseguida por el esclavo. Centellas atraviesa por el fondo con los brazos estendidos y el arpa en la mano. La luz de la luna ilumina su figura. Imelda le mira con asombro.)

Cent. El arpa... el arpa...
allí la galería de palacio...
Ya pasa el Rey... ¡Silencio!
Imeld. Él es ¡delira!
Cent. Oid al trovador.
Imel. Aprisionado
os hallais, dispertad.
Cent. Yo vivo y siento.
¿Nó brilla el sol? ¿la playa nó pisamos?

luego... la cárcel... mi razon sa pierde.
Y luego... ¡Ay cielos! qué me le han robado!

(Da un grito y el arpa se desprende de sus manos.)

Imel. Fulco.
Cent. Yo soy el trovador... el ciego...
Imel. Sois Centellas.
Cent. Pues esto sabes, algo
mas sabrás...

(La lleva junto al heno, estiende la mano que tiene libre como para convencerse de que no está allí el infante.)

Imel. ¿Qué buscais?
Cent. ¿Qué busco, inicuo?
y tu grito de triunfo á mí ha llegado.
Infame robador, tu voz conozco:
la mia hará tu corazon pedazos.
Imel. ¡Cielos!
Cent. Centellas soy, y tú Moncada.
Imel. ¿Aquí mi padre vino?
Cent. ¿Estoy soñando?
¡Un delirio tras otro! aqueste traje...
¡una mujer y es hija del malvado...!
¡y en mi poder!... el júbilo me asesina,
me va á matar... no, no, vamos despacio.
Imel. ¿Qué decís?
Cent. Habla, cómplice maldito,
habla.
Imel. Escuchadme por piedad, anciano.
Cent. Eso quiero, escucharte y que me digas
cuanto sepas. ¿Qué hechizo os ha prestado
el demonio que ciega los oidos
del infeliz á quien seguís taimados?
¿No es á mucha distancia y en los valles
dó el cordero percibe el lento paso
del carnicero lobo, que en silencio

atraviesa los montes encumbrados?
¿A distinguir no alcanza la paloma
confundido en los aires al milano?
¡Naturaleza injusta, que me niegas
el instinto que al bruto has otorgado!
¿Qué era de mí? ¿Dó estaba que el rugido
no escuché de los tigres inhumanos,
que se aprestaban á beber mi sangre?
¡Ay! triste, si no hubieses alcanzado
la capa del ladron.

Imel. ¡Piedad Centellas!

Cent. La cojí, la cojí y está en mis manos.

Imel. Una palabra; nada mas.

Cent. Silencio.
¿Qué hago de esta mujer? Nunca he pensado
en la venganza y por la vez primera...
Vuestros crímenes loco me tornaron.

(Despues de una pausa.)

Llama á tu padre, llámale, Moncada,
oprobio del nacido... ven, te aguardo.

Imel. ¡Ay de mí! ¡compasion! soy inocente:
dejadme y os diré; de vuestro amargo
duelo tuve piedad...

Cent. Tenla, insensata,
de tí.

Imel. No.

Cent. De rodillas, yo lo mando.
Mis palabras repite. Dios clemente,
mi culpa olvida: otórgame tu amparo...

(Con vivísima ansiedad.)

¿Te ama tu padre? Sin tardanza dime,
que mas te adora, que á su vida y tanto
como á esa gloria que su mente turba.

¿Tú morir? No, jamás. ¿Quién ha pensado
en darte muerte? vive, desdichada;
pero aquí, siempre aquí, siempre á mi lado.
A buscarte vendrá... ¿cómo dudarlo?
Ni de mis ojos por la luz perdida
en este dia de dolor te cambio.
Algo anhelas; responde y no lo dudes,
aquí vendrá tu padre: ¿cuándo, cuándo
este momento llegará? Mi vida,
mi inocencia tambien por alcanzarlo.
Al hijo dame, le diré, Moncada,
dámele, seguirá mi voz gritando,
y si mis gritos, bárbaro, desoye,
y si la muerte en su furor le ha dado.
ya verá que á mi vez con calma horrenda,
otro cadáver á sus plantas lanzo.

Imel. Los ojos vuelve á mi dolor, ¡Dios mio!

(Con mucha angustia.)

Cent. ¿Qué tienes? Dí: no hay medio, está pensado.
Hijo por hijo; sí, vida por vida.
Y para mí ¿qué es esto? Sus encantos
te prestará la juventud sin duda
y la belleza; pero el dulce faro
era de mi esperanza el triste niño,
dicha del pueblo y de mi Rey amado.

Imel. ¿El infante? ¡gran Dios! y el mundo dijo
haber muerto en Sicilia á vuestras manos.

Cent. ¿No al autor de este cuento reconoces?

Imel. Y ¿á qué tan negro crímen imputaros?

Cent. Tu padre lo sabrá, ¡malvada historia!
y tú tambien. ¿Quién pudo aconsejaros?
¡del hijo de mi rey yo el asesino!
Así mi gloria sepultar lograron.
Y que derecho tienen los Moncadas,

dícese, al trono de Aragon... ¡cuán grato
fuera ver en tu frente una corona!...

Imel. ¡Ay! esto si que mata.

Cent. Plegue al alto
cielo, que tanta su ternura sea,
que alzarte anhele al trono soberano;
mas así mi esperanza brillaria.

(Se oye ruido de pasos.

¿No oiste?... él es... contémplala, insensato.

(Centellas sujeta á Imelda entre sus brazos y llevándosela á un lado del teatro, la vuelve hácia la escalera por donde él cree que va á bajar César de Moncada.)

ESCENA III.

Los mismos, CONSTANZA *y* HUGO.

Const. Primo amado. (Desde el fondo.)

Cent. ¿Esa voz?

Const. Soy
Constanza.

Cent. Hija de Manfredo (1),
quiero hablarte.

Const. ¿De tus males?
Muy grandes son en efecto;
pero en vano es que se oponga
el destino á los momentos
de placer que te preparo.

Cent. Digno fuera del mas negro

(1) Manfredo de Suevia y de Lanza, rey de Sicilia, fué hijo de Federico II, emperador de Alemania, y de Blanca Lanza, hija de Galvano, primer conde de los Fundos, señora no menos notable por su hermosura, segun atestigua Roqueus Pyrrus, en su *Cronologia Regum Siciliæ*, que por su cuna, originaria de los Duques de Baviera. Además del rey Manfredo, nació del enlace de Federico II con Blanca Lanza una hija que se llamó Constanza, que viviendo aun su padre el emperador, segun dice Zurita en sus *Anales de la Corona de Aragon*, casó con el emperador de los Griegos.

escarnio si un solo punto
aguardase de consuelo.

Const. Dime. ¿De tantos dolores
como te han herido en medio,
no rasgó dulce esperanza
la nube del sufrimiento?
¿Te acuerdas del tierno niño,
que á mi constante desvelo
confiaste, cuando un dia
en defensa del isleño
te partiste?

Cent. ¡Hijo del alma!
Lo sé... Ni sus años tiernos,
ni su inocencia salvarle
de mis contrarios pudieron.
Fué asesinado.

Const. La Reina
de Aragon á los perversos
enemigos de tu nombre
así engañó.

Cent. ¡Santo cielo!
¿Y salvaste al hijo mio?

Const. Vive.

Cent. ¡Constanza! ¿qué es esto?
¿qué pasa por mí? responde,
¿Es un leal caballero,
valiente entre los valientes?
¿Quién no conoce sus hechos
en Aragon y en España
entera?

Const. Digno le veo
de la sangre que le diste.

Cent. ¡Oh! gracias, Constanza. Pero:
¿dónde se halla? quiero verle
y estrecharle contra el seno:

su padre soy... Mas, que digo:
mi nombre en la infamia envuelto
está, y él se avergozará...

Hugo. ¡Padre mio!

(Arrojándose en sus brazos.)

Cent. ¡Dios Eterno!
Soy inocente! inocente!
él te lo dirá!

Hugo. Y primero
mi corazon me lo dijo,
¡Padre!

Cent. Aquí junto á mi pecho.

Imel. ¡Ay de mí!

(Cae como desfallecida en el banco de piedra.)

Cent. Constanza, ven;
eres su madre. De nuevo
abrázame. ¡Hijo del alma!
¡cuán hermoso! Bien le veo (*).
Esta es la frente del noble;
aquí el valor; tu denuedo,
tu grandeza, me declaran
esas miradas de fuego...
tus facciones... ciego soy,
pero en un mar de contento
ahogándose el alma entera,
la luz hallo de otro tiempo

(*) El público numerosísimo, que dejó el Teatro de Santa Cruz sin una localidad que llenar el dia de la primera representacion del *Centellas y Moncada*, acogió con estrepitosas carcajadas esta y otras espresiones análogas, que aparecen en esta escena en boca del *padre* de Hugo, oyéndose muchas voces, que decian: «*un ciego no vé, mamarrachada.*»

Me complazco en dejar consignado ese rasgo de buen sentido comun y alta inteligencia.

y te contempla y te goza
y te ama.

Hugo. Así en mis sueños
os vi.

Cent. ¿Cómo he de pagarte (A Constanza.)
estos instantes supremos?

Const. Merecidos los tenias.

(Centellas, Constanza y Hugo se abrazan; Imelda los contempla y deja escapar un gemido profundísimo. Hugo y Constanza se acercan á ella con el mayor interés.)

Cons. y Hugo. ¡Imelda!

(Hugo la conduce delante del ciego.)

Hugo. Reciba luego
vuestra bendicion el ángel
de mi amor.

Imel. ¡Dios justiciero!

(Tomándole el brazo y con misterio, y en voz baja.)

Cent. ¿Y el infante?

Imel. No sé nada,
llegué despues.

Cent. ¡Oh tormento!
Constanza, ya te lo he dicho,
digno fuera del mas negro
escarnio, si un solo punto
aguardase de consuelo.

Const. ¡Centellas! ¿qué significa?

Cent. ¡Síno feroz!

Const. No comprendo...

Cent. Solo déjame y no quieras
en la vida comprenderlo.

Const. Habla, Fulco, habla.

Cent. Dejadme.

Const. Mira que yo te lo ruego.

Cent. Hablaré pues que la muerte

debo sufrir.

Hugo. ¡Padre!

Imel. Cielos.

(Estremeciéndose.)

(La reina Constanza y Centellas se sientan en el banco. Hugo é Imelda permanecen de pié, el primero al lado de su padre, junto á la Reina la segunda. El viento arrecia; la obscuridad es completa.)

Cent. Sin luz, errante, preso en los furores
de infausto síno, sin hogar ni fuego,
por Sicilia vagaba el triste ciego:
hállanle unos pastores
perdido en la montaña
y benignos le ofrecen la cabaña.
En la negra espesura que la esconde,
en aquellas inmensas soledades,
en aquellas montañas hasta donde
jamás llegó la voz de las ciudades;
tambien, tambien en ellas
el nombre resonaba de Centellas.
Era una noche, noche que al olvido
dar no puede el nacido,
que entre horrores y espanto tremebundo,
juzga que vé la destruccion del mundo.

(Brilla un rayo y se oye un trueno lejano.)

Tal vez, tal vez en esta será el duelo
mayor y mas profundo.
Rayos, pedrisco, terremoto y trueno
horridos cielo y tierra conmovian,
lanzaba el Etna de su hirviente seno
mil encendidas ondas de despojos,
que las nubes herian
y á devorar los mares descendian.
Yo vi la luz sin ojos.

Const. ¡Qué horror!

Cent. Cuando el estrago redoblaba
hirió mi oido el destemplado acento
de anciana de cien años, que gritaba
al ronco son del viento.
«*El regicida vil está en Sicilia;*
hoy Sicilia se abisma entre los mares:»
y los rayos relumbran á millares,
y «*¡Centellas maldito!*»
ruge el pastor en penetrante grito:
y á sus voces contesta el apacible
lloro de un pobre niño, que asustado
y sin que alivio á los demás demande,
viene refugio ansiado
en mis brazos hallar. ¡Dios solo es grande!

Const. ¿Y por fin?

Cent. Disipóse la tormenta...
mas mis ojos brotaban todavía
llanto, y dolor y lágrimas sin cuenta,
que la frente del niño desvalido
bañaban con amor; y vino el dia
y hallóle en mis rodillas dó mecido
por ansias y temblor; feliz dormia.

Const. Acaba, acaba.

Cent. Por la vez postrera,
á Dios al niño con dolor decia,
cuando la anciana refirió su historia,
y entónces supe que arrojado fuera
por un negro á tres águilas, y luego
por un pastor salvado,
que habia oculto el lance presenciado,
y este me dijo, que en la frente habia
una señal el niño.

Const. Sigue.

Cent. Que del infante distinguia
ancha señal la frente

en júbilo la mente
á recordar alcanza...
y que tambien fué un negro el que mis ojos
vino á cegar.

(Con furor.)

Hugo. ¡Venganza!

Cent. Yo di gracias á Dios por la ceguera,
y que á aquella mansion me condujera.

Const. ¡Ay! ¿pronto di?

Cent. Fingime en el momento
de enfermedad impía acometido,
hasta que llega en fin una mañana
en que dice la anciana,
que en busca de las yerbas del verano
con el rebaño habíanse sus hijos
alejado, y en fervida zozobra,
al niño tomo entre mis brazos luego,
y débil, solo, ciego,
huyo y el pecho su vigor recobra.

Const. ¿Y que hiciste? responde?

Cent. ¡Que te diré, Constanza! Dios lo sabe,
que abismado en mi eterna noche oscura
me vió salvando montes y espesura.
Yo tan solo recuerdo, que seguro
juzgándome en la playa suspirada,
y al fin probando bienhechor consuelo,
busqué sin ojos de Aragon el cielo,
y á mi rey y á la patria idolatrada
siempre clavados en mi fiel memoria
¡dicha, grité, y salud, y honor y gloria!!!

(Centellas al decir las últimas palabras se pone en pié y levanta los brazos al cielo, quedando en una posicion llena de interés y magestad. Imelda se arrodilla á sus piés con la cabeza inclinada, Hugo contemplándole atónito. Constanza se levanta y esclama señalando á Centellas.)

Const. ¿Y suspira en region de mil espantos
él, cuyo nombre fulgurar podria
en medio de los nombres de los Santos?
Cent. Nada me importa la desgracia mia.
Hugo. ¡Oh! cuan grande!
Imel. ¡Perdon!
Cent. Mas, ¿y el infante?
Const. Dinos en donde se halla.
Cent. ¡Me le han quitado!
Imel. De dolor espiro.
Const. ¿Quién ha osado? responde.
Cent. El Almirante.
Const. Moncada ¡Ay Dios! respiro.
¿Él pudo tu secreto haber sabido?
Cent. Una carta he perdido,
que para ti escribiera.
Const. Nada temas.
Cent. ¿Tú sus planes conoces?
Const. Su misma accion pregónalos á voces.
Hugo. Hacer querrá mas grande su privanza,
devolviendo á su rey el hijo amado.
Cent. ¿Este es su objeto?
Const. Alienta, sosegado,
Cent. ¿Segura estás, Constanza?
Const. Cese tu afan prolijo,
ahora quizás el rey estreche á su hijo.
Cent. Vamos á verle ¡inesperado gozo!
Const. Aun cumplir no es posible lo que anhelas,
preso y cercado estás de centinelas,
pero en este espantable calabozo,
no has de permanecer. Puerta secreta
en este muro ecxiste.

(Constanza retrocede llena de terror)

¡Recuerdo aterrador! tambien el triste

aquí cual tú moraba,
y mi mano tambien le encaminaba
á esa oculta salida,
cuando de Lauria el hierro fraticida
¡á arrancármele vino...!!

Cent. Háblasme de tu primo Corral Lanza (1).
¡Cuán desapiadado su tremendo síno!

Const. Fuerza es salir de aqui; de los *Gigantes*
seguro albergue te dará la torre
durante breves horas. Hugo, corre
con Imelda á palacio; allí esperadme,
juntos al rey verémos,
y en cuanto la verdad llegue á su oido,
tu volarás en busca de tu padre,
al lugar convenido.

(Brilla un relámpago al través de la reja.)

Estos instantes, Fulco, aprovechemos,
la tempestad avanza.

Cent. Hijos, á Dios. A vernos volverémos
felices.

Const. Vamos.

Cent. Vamos y roguemos
por el alma de Lanza (2).

(Constanza dá el brazo á Centellas y desaparecen por la puerta en que se supone está la puerta secreta. Silencio profundísimo.

(1) Corral ó Conrado Lanza y su hermana Margarita, que casó con el Almirante Roger de Lauria, fueron nietos de Manfredo, primer Marqués Lanza y Conde de los Fundos. Este último fué hermano de Blanca Lanza, abuela paterna de la Reina Constanza, que por el matrimonio con Pedro-el-Grande trajo el reino de Sicilia á la casa de Aragon. — Villanus, Muntaner, Zurita, Pyrrus y demas historiadores aragoneses y sicilianos.

(2) Conrado Lanza, Almirante y vice-Canciller del reino y acérrimo defensor de la casa de Aragon en Sicilia, fué hecho prisionero en la tan desgraciada batalla del 4 de Junio de 1299, en la que pelearon frente á frente y contra sí los dos hijos de Pedro-el-Grande, Jaime llamado el *Justo* y Federico-el-Grande, Rey de Aragon el primero y de Sicilia el segundo, habiéndose visto con escándalo del mundo ser unas mismas las banderas y los gritos de guerra entre los combatientes. Roger de Lauria, para celebrar la victoria de las armas aragonesas unidas ignominiosamente á la sazon á las de Cárlos de Anjou, hizo degollar á todos los prisioneros, no perdonando ni á su propio cuñado, el almirante Conrado Lanza.

ESCENA IV.

IMELDA y HUGO. = *Durante estos momentos de silencio Hugo é Imelda se miran fijamente como si pudiesen verse á pesar de la profunda oscuridad que reina en el teatro. Despues Imelda da un un grito de dolor y se precipita en los brazos de Hugo prorumpiendo en un desconsuelo sin límites, acompañado de fuertes sollozos y agudísimos y repetidos ayes.*

Imel. ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!
Hugo. Llora bendecido encanto,

(Con la mas indefinible ternura.)

alma de amor, á la inocencia templo.
Imel. ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

(Con un desconsuelo siempre creciente.)

Hugo. Cuan hermosa te contemplo
al través de tu llanto.
Pero, ya basta. El cielo
comprende como yo tu desconsuelo.
Imel. ¡Hugo! ¡Hugo!

(Sin voz apenas.)

Hugo. Sosiégate, angel mio.
Imel. Amarme tú no debes.
¡Ay! soy muy desdichada.
Hugo. Eres del corazon la dulce amada.
Imel. Hija soy de Moncada. ¡Santos cielos!
¿Por qué no se halla en ansiedad deshecha
el alma tuya y cómo una sospecha
no concibe? supon solo un instante,
que en riesgo está nuestro adorado infante.
Hugo. ¡Qué llegaste á decir!... tengo una espada.
Imel. Yo no sé nada... nada...

(Agitadísima y sin poder hablar.)

todo suponlo tú ¿quién no recela
cuando placeres mil y mil enojos
prueban las almas en tan breve espacio?
y ya ves... todo en fin... ¡Ay! corre, vuela,

(Da un grito.)

y clávense tus ojos
sobre todo el que salga de palacio.

Hugo. Pronto... pronto...

Imel. Recuerdo, que de un triste

(Casi delirante.)

niño habló... y el esclavo... ¡Ay! no me creas!
suponlo nada mas...

Hugo. Dime: ¿qué viste?
¿Quién del infante habló? pronto lo quiero.
Tu padre fué.

Imel. No, no, jamás... Yo muero.

(Imelda queda sin sentido. Hugo mudo pero amenazador va hácia el fondo y luego retrocede. Relámpagos y truenos.)

Hugo. ¿Qué debo hacer? buscar al Almirante
y en presencia del Rey... pero si en tanto
de palacio el infante es sustraido...
¡Ah! mi padre... volemos.
Calle mi voluntad, obre la suya,
mas dudo que esta noche
sin que se vierta sangre se concluya.

(Vase Hugo precipitadamente por el mismo punto que la Reina y su padre. Prolongados momentos de silencio, durante los cuales se oye el ruido de la lluvia y de la tempestad y la voz de los centinelas de palacio.)

Un centinela. Alerta. (Lejos.)

Otro. Alerta. (Mas cerca.)

Otro. Alerta. (Mas cerca todavia.)

(El eco de otro centinela se pierde en el ruido de un trueno: por entre

los pilares del fondo aparece como una sombra que se va acercando poco á poco con muestras de espanto.)

ESCENA ÚLTIMA.

MONCADA *solo.*

Monc. Parecióme
ver junto á mí la sombra del esclavo
atravesar... En busca del infante
irá tal vez á encaminar sus pasos.
Fuerza es antes de hablar con el Monarca
mirar si en Fulco ejecutó el mandato.

(En el momento mismo en que levanta la tapa de la linterna, un relámpago ilumina la escena, y Moncada vé al pié de la escalera á su hija desmayada, que cree ser el cadáver de Centellas. Da un grito espantoso, se le escapa de sus manos la linterna y retrocede hácia el fondo.)

Monc. Su cadáver contempla ¡fratricida!
¡Un rayo, eterno Dios! un rayo! un rayo!

(Se debilita y apaga su voz al llegar á la reja y se abraza á sus hierros, como si quisiera destrozarlos para huir.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

Acto cuarto.

El teatro está dividido en dos partes; la de la derecha representa una barraca de mastiles y trozos de buques náufragos; el techo es de paja y parece unido con fango á la roca, que forma la pared de la derecha y sobre la que descansa la casucha; en esta roca se ven varias hendiduras y una mayor que todas cercana al suelo, que es la boca de una cueva, que se estiende subterraneamente por debajo de la barraca hasta los peñascos, que constituyen la parte de la izquierda de la division del teatro; al pié de los cuales y entre juncos marinos se ve abierta la salida de la cueva mencionada. Una senda escabrosa facilita el tránsito hasta la casucha por medio de dos rocas altísimas que forman un gran tajo en cuyo fondo se distingue al menguar la tempestad, el mar ajitado y en lontananza parte de la ciudad de Barcelona el puerto y tambien el palacio de la condesa Margarita.

ESCENA PRIMERA.

ACMET, BEYA, BURRIACH, ABDALSA Y EL INFANTE DE ARAGON. — *Antes de levantarse el telon se oye el ruido del trueno confundido con el de las olas y el turbion que azota los peñascos. Acmet aparece de pechos sobre la diforme ventana que hay abierta en el fondo de la barraca, mirando atentamente hácia Barcelona; á su lado, sentado sobre un banquillo y reclinada la cabeza sobre una mesa rústica, el infante de Aragon. Abdalsa duerme junto á la lumbre, cubierta con una manta andrajosa pero que se conoce debe haber sido muy rica. La parte de la izquierda está iluminada por los relámpagos, la de la derecha por las llamas de la hoguera que arde en una de las hendiduras de la roca. Beya, Burriach y otros dos esclavos van bajando por los peñascos sucesivamente.*

Acmet. ¡Hermosa á fé está la noche,
hermosa!... ¿Quién se desliza
por los riscos? Ellos son.

Beya. Imposible á la bravía
lucha de los elementos
resistir.

(Entrando á la casucha por una puerta de tabla que hay á la izquierda.)

Burriach. Los vientos silvan
(Entrando.)
hasta asordarnos ; la fuerza
del turbion no hay quien resista.

Beya. Además ni aun ver se logra
el terreno que se pisa.

(Entrando seguido del 4.º esclavo.)

Acmet. Entrad, entrad en la cueva,
si el nubarron se disipa
tornaréis á vuestro puesto.
Ya desde aquí se divisa
la torre en que la señal
ha de ofrecerse á mi vista.
Entrad pues ¿qué hará á estas horas

(Desaparecen los esclavos por la entrada de los peñascos.)

mi señor? Si llega el dia
sin que fulgure en la torre
del Palau, la convenida
señal, huye para siempre,
aunque la mar ruja altiva.
Dijo que al amanecer
á la cárcel bajaria...
Al fin aparece, sí...

(Da un grito y señala al fondo de la cañada en donde aparece una luz tibia confundida en medio de la oscuridad.)

no me engaño... repetidas
veces creia ver... No hay duda
entre las nubes rutila

la luz que apagar me ordena

(Mirando al niño con interés.)

esa otra luz... Mas se abisma
de nuevo... ¡otra vez! Abdalsa.
Alá tu sueño maldiga.
Tú, que las noches enteras
pasas con la vista fija
en el firmamento, dime:
¿qué es lo que en el fondo brilla
de la cañada?

Abdalsa. Una estrella
es lo que ves.

Acmet. Allí mira,
¿Segura estás?

Abdalsa. Cual lo estabas
de pisar arena amiga,
cuando la estension inmensa
del desierto recorrias.

Acmet. A él retorno.

Abdalsa. ¿Y esta argolla?

(Tocando la que rodea el cuello del africano.)

Acmet. Se rompe al nacer el dia

Abdalsa. ¿Quién es tu dueño?

Acmet. No sé.
anda á dormir.

Abdalsa. (Retirándose y entre dientes.) En Castilla
lo tuve; y mi mano...

Acmet. Escucha;
si un hombre aquí se encamina
y por mí pregunta, dile
que me encuentro en la escondida
cueva... Pero no, que aun puede
esta señal maldecida

aparecer. Aguardemos.
Aparta esa mano impía.

(A Abdalsa que despues de haber contemplado al infante le pone sobre la frente su mano negra y descarnada. Acmet se sienta en el antepecho de la ventana. Abdalsa se acerca á la hoguera talareando la cancion popular de Moncada.)

ESCENA II.

Dichos y CESAR DE MONCADA. = *Moncada baja por los peñascos completamente cubierto con su ancha capa ; su paso es inseguro, su voz temblorosa.*

Monc. Cobarde allá en la torre, estremecida
la mano que el farol ase y deshace.
Cobarde en el camino prolongado
al caballo rompiéndole la brida
llegar aquí temiendo.
Cobarde aquí tambien... ¡Pero he llegado!
¿Mas á qué vine yo?... Vamos.

Abdalsa. Un grito
juzgué haber escuchado.

Monc. ¿Adelanto por fin ó estoy parado?

(Mirando á sí mismo como para convencerse de que no ha dado un paso.)

¿Por qué no avanzas, Almirante? ¿Temes
hallar en el recinto
de ese monton de leños, emboscado
ejército feroz, que á undirte aspira,
ó muchedumbre airada
de escuadras mil, que rebramando en ira
cortarte lograrán la retirada?
Temo un niño encontrar y estoy temblando.
¡Mentira!!! para el crímen no he nacido.
El destino me arrastra y voy perdido
por entre oscuras nieblas avanzando.

¿Y á donde pararé? Suerte traidora.
Ea, vamos; entremos sin demora.

(Abdalsa mira por las randijas de la puerta y á la luz del relámpago vé á César, que lucha consigo mismo para acercarse á la cabaña.)

Abdalsa. Es un espia... ven.

(Moncada se lanza sobre la puerta y la empuja con violencia.)

Acmet. Su muerte es cierta
si llega á penetrar.
Monc. ¡Maldita puerta!
Acmet. Mi señor.

(Entra en la barraca y vuelve el rostro horrorizado para no ver al esclavo.)

Monc. Mandé que en la escondida
cueva y no aquí: mi voluntad acata.
Acmet. Pero vos no sabeis...
Monc. Tu voz me mata.
Abajo.
Acmet. Es que tal vez.
Monc. No me acomodo
á escucharte.
Acmet. Un momento...
Monc. Por tu vida,
huye, esclavo de aquí.

(Furioso y con ademan de ir á lanzarse sobre él.)

Acmet. Lo sabrá todo.

(Entra en la cueva.)

ESCENA III.

MONCADA, ABDALSA *y* EL INFANTE.

Monc. Si intentaria enloquecerme al cabo
refiriéndome... ¡Fulco...! Ya mis ojos

han visto su cadáver.
Allí se alzó el espectro,
con cuya imágen sin cesar batallo.
Aun le miro delante del caballo
caminar paso á paso silencioso,
volviendo el rostro á cada encrucijada,
para lanzarme rápida mirada.
¿Y no hay valor que á su querer resista?
Jamás creí que á taladrar llegaran
unos ojos sin vista.

(Moncada se estremece y como si quisiera apartar de si tan lugubres ideas, se pasa una mano por la frente y en seguida se acerca á la vieja que está removiendo la lumbre con el pié.)

Dicen que no has cesado
por la comarca de grabar tus huellas
del sol hablando siempre y las estrellas.

(Sentándose.)

¿Y has de los hombres por ventura hablado?

Abdalsa. ¡Qué son ellos mas que astros miserables!

Monc. ¿Pues en qué, dime, su igualdad estriba?

Abdalsa. Arrastranse los unos por abajo,
los otros por arriba.

Monc. Maga no te detengas.

Abdalsa. Aparecen
en el ancho horizonte, resplandecen
despues en el espacio
y en el ocaso apáganse.

Monc. Despacio:
dices que el hombre, nace, vieve y muere.

Abdalsa. Mira esos leños.

Monc. Habla, que se infiere
de su ardoroso fuego.

Abdalsa. Se han encendido, brillan y apagada

pronto la hoguera mirarás.

Monc. ¿Y luego?

Abdalsa. ¿Luego?

Monc. Sí, luego.

Abdalsa. Nada.

Monc. ¿Nada?

Abdalsa. Nada.

Monc. ¿Si cual loco habré sido,

(Consigo mismo.)

que la nada no mas he defendido?
No, no miente tu boca:

(Despues de una pausa y con exaltacion.)

tú sí, que eres la loca.
La vida enjendra un nombre que fulgura
al través de la muerte,
y vence de la suerte
las tristes veleidades
y condensa y traspasa las edades.
Aunque arrastrado por tremenda lucha,
bien llegué á concebirte,
¡Oh codiciada eternidad! Escucha.

(A la vieja.)

¿Aquí el esclavo un niño ha conducido?

Abdalsa. Ahí le tienes.

(Señala al infante.)

Monc. ¡¡Dormido!!

(Moncada dá un grito espantoso, se levanta violentamente del banco, que ocupa junto á la lumbre, se cruza de brazos y contempla al infante tomando una actitud heróica.)

No mi vida, mi gloria al punto diera,
porque se alzara grande y esforzado
y de los piés á la cabeza armado
y contra sus enemigo combatiera

cuerpo á cuerpo, en asaltos formidables.
Por César el romano,
cansado estoy de habérmelas con niños
y ciegos miserables.
Que viva; sí, se lo daré al esclavo,
que al Africa le lleve
y viva allí desconocido en breve.
Acmet me ha dicho, que los muertos roban
á los vivos el sueño...
¡y tengo yo necesidad tan grande
de dormir! Además el tenebroso
secreto se derriba
en la tumba con Fulco... viva... viva.

(Se acerca al infante y le besa en la frente.)

He aquí por fin un punto de reposo.
Pero del todo mi ansiedad acabe.
Dá ese niño al esclavo.

(A Abdalsa.)

Abdalsa. ¿Y qué le he de decir?
Monc. Todo lo sabe.

(Abdalsa despierta al infante y desaparece con él por la boca de la cueva.)

ESCENA IV.

MONCADA, *luego* ACMET *y* EL INFANTE, *en seguida* ABDALSA.

Monc. Dignas son de mi gloria estas hazañas:
robar el hijo al padre, entre montañas
esconderlo, dejando
sumergida mi patria en negro duelo...
Deten, Imelda, el vuelo
de tu plácido sueño; recordando
en reposo feliz, que de Moncada
eres la sucesora afortunada...

(Acmet sale por la boca de la cueva situada entre los peñascos ; conduce el niño de una mano, en la otra lleva una linterna, dirijese hácia la derecha y se le vé pasar por la ventana en que estuvo apoyado Moncada, el cual se lanza en medio de la escena por no oir la voz de Abdalsa y que sale detrás de Acmet por la entrada abierta al pié de los peñascos y se dirije á la barraca talareando el canto popular.)

Moncada es grande,
su fuerte brazo
sosten del trono.

Monc. Ese canto renueva mi zozobra
y me hiere y me mata.

(Se lanza dentro de la caverna. Abdalsa se queda junto á la puerta mirando con indiferencia la accion de Moncada.)

Abdalsa. ¿Quién es este hombre? Porque duda cree,
el tiembla, pero obra.

ESCENA V.

ABDALSA, HUGO *y luego* CENTELLAS. = *Hugo sale por la derecha y muy cerca del procenio, de modo que por la direccion que trae se conoce es imposible haya podido ver la que tomó el esclavo con el infante. Permanece un momento inmóvil como si quisiera reconocer el terreno al brillo de un relámpago.*

Hugo. Venid el lugar conozco.

(Alarga la mano á dentro y asido á ella aparece Centellas.)

Cent. ¿Con qué no vamos perdidos?
Hugo. Aquí hay una choza y puede...

(Abdalsa que ha oido hablar se acerca á la puerta y mira por una rendija.)

Cent. ¿Mas, cierto estás de haber visto
salir de palacio al negro?
Hugo. Yo sé que un jinete al brillo
del relámpago pasar
á escape ví, y el camino

que tomó, no deja duda,
de que aquí se ha dirigido.
Ya habeis oido lo que
los pescadores me han dicho.

Cent. Diríjete á esa cabaña.

(Hugo le obedece.)

Abdalsa. ¿En este albergue mezquino
que buscas buen caballero?

Cent. ¿Sois una muger? Decídmelo;
¿pasar un jinete á escape
visteis? No, si habeis oido
los pasos decidme solo.

Abdalsa. A nadie vi.

Cent. Mas de un niño
el llanto... Llorar debia.

Abdalsa. Nada vi, mi pobre asilo
se halla entre la mar y el cielo
enriscado y en tal sitio...

Cent. Pues aquí debe encontrarse,
si este es el mas escondido
de la montaña. Bien veo,
que ahora de estorvo te sirvo:
déjame pues, corre, vuela,
á las cumbres de esos riscos
y en cuanto rumor percibas...
yo á Dios llamaré en tu ausilio.

(Durante las últimas palabras de Centellas, Hugo habrá ecsaminado á la anciana, al suelo y cuanto le rodea.)

Hugo. ¿Con qué nada sabes?

(A Abdalsa)

Abdalsa. Nada.

Hugo. Mira, sucio basilisco,
andrajo vil de la vida.

(Con una tea que habrá cojido de la hoguera, señala á la vieja el suelo,

siguiendo varias direcciones, como si hallase un rastro fijo. Abdalsa mira sin perturbarse.)

Abdalsa. Tus pisadas.
Hugo. ¡Padre mio!
Dios encendió la tormenta
para alumbrar tus designios.

(Coje á Abdalsa y le obliga á bajarse hasta cerca del suelo.)

¿Y estas? de un niño es la planta
impresa en el blando piso.
Cent. ¿Dónde se halla?
Abdalsa. No le hagais
caso.
Hugo. Mira, te dirijo
mi última pregunta ¿dónde
se halla ese niño?
Abdalsa. Os repito...
Hugo. ¿No quieres hablar? pues voy
con este leño encendido,
tu frente á sellar.
Abdalsa. No, no.
Hugo. Habla.
Cent. Si.
Hugo. Pronto.
Abdalsa. Aquí vino.
Cent. ¿Dónde?
Abdalsa. Por allí volvieron
á llevársele.
Hugo. ¡Ay si inicuo
tu labio miente!...
Cent. En su busca
lánzate ¿por dónde dijo?
Abdalsa. Por allí, por allí.

(A Hugo.)

Cent. Corre

y el Señor vaya contigo.

(Abrazando á su hijo con vivísima ansiedad.)

Hugo sale precipitadamente y se le vé tomar la direccion que Abdalsa le ha indicado, totalmente opuesta á la que lleva el esclavo. Abdalsa pármanece tranquila contemplando á Centellas, que alarga sus brazos, como para alcanzar á la vieja.)

ESCENA VI.

CENTELLAS *y* ABDALSA.

Cent. Ven, anciana, á consolarme;
dime, ¿qué era de mi hijo?
Duélete de mí, soy ciego
y desdichado... Me agito
en cruda ansiedad. Anciana,
sácame de este recinto.
Silencio... ¿No te parece
haber escuchado un grito
de alegría? Allá... lejano...
Hugo, por dicha habrá sido...
Vamos, vamos fuera. Hablar
con la noche necesito...
preguntarla... Sí, los vientos
á mi angustia compasivos,
no dejarán sin respuesta
mis lamentos.

Abdalsa. Torbellino...
esta noche es de misterios.

(Abdalsa saca á Centellas fuera de la choza, dejándole sobre una roca que se levanta en medio del paso de la cañada.)

Cent. Pega á la tierra tu oido...
Silencio...

Abdalsa. (A ver que hace el otro;
vamos y démosle aviso.)

(Abdalsa entra en la caverna por la abertura de los peñascos. Centellas

permanece de pié sobre la roca, inmóvil como una estátua pero con los brazos estendidos manifestando suma atencion y grande ansiedad. —Silencio profundísimo.)

ESCENA VII.

CENTELLAS *y* MONCADA. = *Moncada aparece pálido y desencajado el semblante por la entrada de la gruta que está dentro de la cabaña.*

Monc. Creí morir en ese tenebroso
recinto... Regresemos á palacio,
descansaré una hora...
El aire y el espacio
mi fiebre calmarán devoradora.
Sentirlos me parece.

(Moncada sale de la cabaña y se sonrie al percibir la impresion del aire: pero luego queda hierto y con los ojos fijos sobre Fulco.)

Es la noche, la noche me aborrece..
mas no, Centellas es; allí callado,
el brazo en ira amado
las nubes hiende y el espacio azota...
un mar de sangre de sus ojos brota.
Y viene contra mí.. si de algun modo...
pudiera... si alcanzara...

(Despavorido y mirando á todas partes con el mayor delirio.)

¿Dónde no verle ya? La sombra es todo.

(Al decir Moncada las últimas palabras, lanza rápidas y desesperadas miradas sobre todos los objetos que le rodean, creyendo ver en ellos la sombra de Centellas, quien al oir el grito que habrá lanzado Moncada al entrar precipitadamente en la cabaña, corre á tientas hácia ella permaneciendo inmóvil junto á la puerta.)

Cent. (¡Esa voz!... ¡ese acento!...)
Monc. ¿Me seguirá á palacio? ¿si llegara
el Rey á distinguirla? ¡afan violento!

(Repara en Centellas, cuya figura estará iluminada de un modo vago por

la luz que despiden los palos con brea que arden en la hoguera y corre hácia la ventana.)

¡La luz!... brille la luz... álzate ¡oh dia!
y acaba con mi loca fantasía.

Cent. El es... él es... ordéname ¡Dios santo¡

Monc. Pues no he creido que la sombra hablaba.

(Lleno de asombro y cortando la carcajada.)

¡Sueño y delrio tanto!

(Cayendo abatido junto á la ventana.)

Mas ya desapareció... seguro estaba.
¿A mi lado otra vez? En vano lucho.
¿Qué quieres, dí? ¿qué te escuche? Te escucho,

(Momento de silencio. — Moncada cruza sus brazos y queda en pié mirando fijamente á Centellas, que permanece sin movimiento ninguno, y como mirando al Almirante.)

¡Sé goza en su victoria...!!
Habla... muévete... sombra maldecida,
¿Pides la luz?... ¿la vida?
Todo te lo daré, menos mi gloria.
¿Callas? se á lo que aspiras:
á que traidor, malvado y asesino
me confiese ante tí. No hay porque agraves
mi duelo aun mas. ¿Lo ignoras por fortuna?
Lo soy, vete, lo soy, sombra importuna,
te digo que lo soy; tú bien lo sabes.

Cent. ¡Cielos!

Monc. ¿Para calmarte
fué nada lo que valgo confesarte?
¿Mas sacrificios en mi mano tuve?
Si el cauce rompe mi furor violento,
rayo será mi aliento,
que hiera y rasgue la funesta nube.

(Moncada se precipita sobre Centellas, pero este levanta el brazo y le

detiene, y despues de un momento de silencio, durante el cual le contempla como si le pudiera ver, le repele pero sin violencia.)

Cent. ¡Me das lástima!
Monc. Solo dispertarme
esta palabra pudo.
¿Lástima yo?... ¡Mas ay! llegué á olvidarme
de que en la cárcel, con malvado empeño,
su cadáver he visto. Desfallece
de nuevo mi razon. No; aquel fué el sueño,
esta es la realidad. Me compadece.
Cent. ¡Ay! Moncada!
Monc. Que bien tu labio dijo:
causo lástima.
Cent. ¿A dónde, á dónde el hijo
está del soberano?
Monc. Sella el labio. Ante Dios, en su morada,
hablarás de Moncada,
nunca, nunca en presencia del humano.
Resignado me ofrezco,
al furor tremebundo
del cielo armado en ira, y me estremezco
ante la risa irónica del mundo.

(En este momento la vieja Abdalsa asoma la cabeza por la boca de la cueva, que comunica con la barraca, asechando con grande interés lo que pasa en la escena.)

Con que sarcasmo viéndose burlado
dijera en su despecho arrebatado...
al héroe ved... al grande... calla... calla...
que por esas rendijas asomado,
juzgo que aguarda alegre y altanero,
á que empiezes á hablar el orbe entero.

(Moncada con su febril ajitacion distingue á la vieja que está escuchando, desembaina la espada y la despliega sobre Abdalsa, no oyéndose mas que un grito de muerte. Momentos de silencio. Moncada dirije una mirada escudriñadora por toda la escena y con calma se acerca á Centellas, quien al oir el grito de Abdalsa se ha levantado azorado.)

Monc. Creí que me escuchaban.
Cent. ¡Ah!
Monc. No fué nada. Acaban
y acabarán así...

(Moncada sigue como atontado mirando á todas partes y como hablando maquinalmente: deja su espada sobre la mesa.)

Cent. ¿Qué es lo que hiciste?

(Centellas da unos pasos acercándose al Almirante, el cual le contempla con una ansia siempre creciente, hasta que se lanza por la escena tocando las paredes y cuantos objetos halla á su paso, como entrando en la realidad de las cosas.

Monc. Existe... existe... existe...
¿Quién te trajo á este asilo?
¿Quién tu paso intranquilo,
y quién de la prision y del esclavo
te libertó? ¿Que mano aquí te guia?
quiero acabar... respóndeme y acabo:
¿quién fué?
Cent. Dios.
Monc. Bien dijiste: Dios ha sido.
Necesito creerlo, Dios... un santo...
los ángeles... ¡Ay! cuánto
que temer; si el que aquí te ha conducido
es un mortal... y aunque el monarca fuere
mi secreto sabrá... y entonces muere.

(Moncada sale de la barraca, horriblemente agitado y se encamina hácia la entrada de la gruta por los peñascos.)

Cent. (¿Qué es de mis hijos?) ¡Ay! Moncada, espera.
Monc. La lava de un volcan estoy pisando.
A mi primer llamada
acudan los esclavos... Terminada
al fin veré mi desventura.

(Entra en la gruta.)

Cent. ¡Cuándo
mi voz escucharás!!

(Dirigiéndose al cielo.)

ESCENA VIII.

CENTELLAS *y* HUGO CON EL INFANTE, *luego* MONCADA. = *Momentos antes de concluir la escena anterior, se habrá visto aparecer en la ventana á un embozado. Entra este precipitadamente que es Hugo y pone el niño en los brazos de Centellas, pero todo en silencio y con al mayor ansiedad y misterio.*

Hugo. ¡Es el infante!
La luz que llevó el negro
me ha servido de faro.
Su cuerpo está junto á las peñas
destrozando la ola.
Pero callad, ni una palabra sola.
Cent. ¿Nuevo peligro? ¡cielos!

(Centellas se abraza al infante. Hugo sale precipitadamente de la casucha llevándose la espada que César dejó sobre la mesa y se coloca junto á la entrada de la caverna por donde sale Moncada. Hugo, sin darle tiempo de dar un solo paso, le pone la mano en el hombro le entrega la espada y él desnuda la suya. Todo en silencio y en un solo momento.

Hugo. Mírame bien... soy yo... toma tu espada.
ven hácia allí... ¡silencio!
Cent. ¡Hugo detente!
Hugo, lo mando yo.

(Da un grito y sale de la cabaña.)

Monc. (¡Desventurados!)
Cent. Demos gracias á Dios omnipotente.
Estayos ya salvados.

(Centellas se arrodilla, Hugo le imita, el infante se arrodilla tambien en medio de los dos. Fulco levanta una mano al cielo, la otra la pone sobre la cabeza del niño. Moncada permanece de pié y les mira helado de terror.

Hugo. Por nuestro rey oramos, Almirante.

(Moncada cae de rodillas, como obligado por una mano invisible; mas se levanta luego dando un comprimido grito de indignacion contra sí mismo. Fulco, Hugo y el infante siguen arrodillados; la luna entre un grupo de nubes ilumina este cuadro, dejando ver al fondo de la cabaña el mar y en lontananza el palacio de la condesa Margarita parte de la ciudad de Barcelona la playa y el puerto con las naves que entraron con el Almirante.)

Monc. Ellos y Dios tambien se mofarian
de mi oracion; mas vale contemplarlos
con alma sosegada
y pasear sobre ellos la mirada.
Orad, que de tal suerte
no escucharéis los pasos de la muerte,
que al son de la vocina

(Va á tocar la vocina.)

rápida hácia nosotros se encamina.
Hugo. ¿Qué intentas, Almirante?

(Todos se levantan, Centellas alarga la mano y vá en busca de Moncada.)

Cent. Escúchame, Moncada,
eres tú noble aun. ¿Ciñes espada?
Monc. ¿Qué quieres?
Cent. Que la rindas de tu infante
á los piés.
Monc. ¿De ese niño?
Cent. Del eterno
lo recibí en Sicilia. Míralo.
Monc. ¡Fulco!

(Moncada deja caer su espada á los piés del infante y ase las manos de Centellas, que le abraza en seguida.)

Cent. Ya perdonado estás. Dame tu mano,
César, sí, soy tu hermano.
(Al infante.)
Ven tú á llenar de asombro y alegría

la corte de tus padres. La corona
te aguarda de Aragon, y en este dia
Conde te llamarás de Barcelona.

(A Hugo.)

Tu brazo, orgullo y esperanza mia.

(Hugo dá el brazo á su padre; este coje al niño de la mano y desaparecen por el fondo de la cañada.)

ESCENA ÚLTIMA.

MONCADA *y luego* BEYA, BURRIACH *y otros dos esclavos.* = *Moncada como petrificado contempla su espada en el suelo todavía.*

Monc. Por el suelo arrastrándose mi espada,
que mas que el cetro de mi rey lucia.
De mi ignominia comenzó la historia,
cerrémosla en su página primera.
¡¡Venganza, espada mia!!

(Se lanza sobre la espada, la levanta en alto, corre hácia el fondo y retrocede.

Calma... calma. Mas, negro es el conflicto;
ellos avanzan... llegarán sin duda...
Y ¿qué dirán del almirante invicto?
llegarán si el infierno no me ayuda.
¿qué se verá en sus ojos?
¿qué sonará en sus labios?
lo presumo, y... sosiega, sangre mia,
hombres son... de los hombres; ¿quién se fia?

(Moncada se sonrie, y acercándose á la entrada de la cueva toca la bocina y sube en seguida á la cumbre de un peñasco, salen Beya Burriach y los dos esclavos; todos se dirijen hácia donde se encuentra Cesar de Moncada.)

Monc. ¿Cuál es el mas valiente de vosotros?
Beya. Beya.

Burri. Burriach.
Los esclavos. Nosotros.
Monc. ¿Quién soy yo?
Beya. Un hombre.
Monc. Un hombre á quien sin duda
conoceis.
Beya. Ya lo oisteis, nunca os vimos.
Monc. ¿Qué os dijo el negro?
Beya. Que en la noche cruda
que nos cercó velásemos
haciendo frente á la celeste saña,
y que con él al Africa, que adora
el alma ardiente, al despertar la aurora
partiríamos.
Monc. Ya no os acompaña
el esclavo al desierto.
Beya. ¡Que llegaste á decir!
Monc. El negro ha muerto.
Beya. ¡Oh! fuerza es que reveles
dó sus verdugos...

(Moncada los lleva al fondo y les señala la cañada.)

Monc. Míralos.
Todos. Que mueran.
Monc. Despacio; oid lebreles.

(Detiénense los esclavos y cuando estos se agrupan en derredor de Moncada para escuchar sus órdenes cae el telon.)

FIN DEL ACTO CUARTO.

Acto quinto.

¡Oh Dios, quién como tú!
¡Cuántas y cuán penosas tribulaciones me hiciste sentir; y despues volviéndote á mí, me diste la vida, y me sacaste de los abismos de la tierra!
David.--Salmo 70.

La misma decoracion del acto tercero.

ESCENA PRIMERA.

IMELDA y MONCADA. = *Al levantarse el telon, aparece Imelda todavia sin sentido y en el suelo como quedó en la conclusion del acto tercero. Despues de algunos momentos, durante los cuales se oye una música dulce y melancólica, se deja ver entre los pilares del fondo la figura taciturna y siempre majestuosa de Cesar de Moncada, que envuelto en su capa, y preocupado por una idea fija, se reclina contra la reja por la que entra luz como de aurora.*

Monc. Gozoso el pueblo sus albergues deja
y con alegres cánticos (1) festeja
la bendecida aurora,
que en otros tiempos su fulgor doblando,

(1) Es costumbre inmemorial en Cataluña, y tal vez sea originaria de alguna tradicion cristiana, ir por las calles en las altas horas de la noche del Sábado santo y en la madrugada del Domingo de Pascua, cantando canciones festivas análogas al misterio de la Resurreccion.

trémula presenció la salvadora
resurreccion de Cristo.

(Con amargura desgarradora.)

Tambien yo la saludo, recordando,
que á los esclavos acatar he visto
mi voluntad espresa,
sobre los tres lanzándose violentos
como buitres hambrientos
al distinguir su presa:
y verlos no he podido
llegar... y hácia este sitio dirijiera
la planta para ver... ¡Ay infelice!...

(Repara en el bulto que él creyó ser el cadáver de Centellas, y se estremece acercándose á él).

no me engañaba...
Cuan bien en tornar hice
á este lugar horrendo
solo y antes de ver nuestro monarca.
Este á Centellas libertó sin duda
y Acmet...

(Levanta el manto negro que cubria enteramente á Imelda.)

¡Una mujer!.. ¡Tal vez Constanza!
¡Cielos! ¡Horror mil veces!

(Cree reconocer á Imelda y sosteniéndola en sus brazos la arrastra hasta la ventana á donde lanza un gemido, al convencerse que es su hija, á la que juzga muerta á manos del esclavo.)

Bien hizo, Acmet, bien hizo, aun mas mereces
¡hijo del crímen!! ¡Ay desventurada!
digna es de aquella noche esta alborada.

(Percibense en este instante los últimos ecos del canto popular. Imelda vuelve en si.)

Imel. ¡Ay no!... dejadme... despertar no quiero.
Monc. Sí, sí, respira aun... ¡Dios justiciero!
si una gracia á pedirte me atreviera

su vida te pidiera.....
¡Imelda!

Imel. Hugo, perdóname.

Monc. De nieve
tornó su frente la congoja aleve.

Imel. De Moncada soy hija.....

Monc. ¡Cuánta va ser mi espiacion prolija!

(Imelda dirije la vista en todas direcciones como para convencerse de que efectivamente está en la cárcel: fija al fin los ojos en su padre, le reconoce y lanza un grito.)

Imel. ¿Vos aquí?... si supieseis.....
En mi sueño fatal, ví que os lanzaba
lejos de sí el humano.

(Abrazando á su padre.)

¡Solo á Cesar Imelda acampañaba!
¡Padre la luz!... y aquí nos encontramos.

(Mirando á la ventana por donde entra la luz.)

¡Ay! si llegase á revelar el alba
lo que esta noche... por piedad huyamos.

Monc. ¿Cómo hasta aquí viniste?

(Con calma.)

Imel. Vuestra voz escuché cuando turbada
al esclavo ordenó.....

Monc. ¡Desventurada!

(Conteniéndose.)

Imel. ¿Y el infante?

Monc. Es preciso,
que ahora á palacio subas y te empeñes
en conciliar el sueño... mas no sueñes
otra vez... yo no hablé con el esclavo.
Imelda, soy tu padre.

Imel. ¿Y si me llega á preguntar la madre

de mi rey?

Monc. ¿Por tus sueños?

Imel. Aquí ha estado,
aquí con Fulco ha hablado,
¿qué si pregunta contestarla debo?

Monc. (¡Ay qué esto no ha acabado!:
será forzoso comenzar de nuevo).

(Despues da un momento de duda.)

Quédate aquí, con el monarca vuelvo,
que me espera, y recuerda, desdichada,
que eres la sucesora de Moncada.

(Sale, tomando la misma direccion que llevaba al entrar.)

ESCENA II.

IMELDA, *luego* D. JAIME *seguido de* SANCLIMENT, *despues* CONSTANZA. = *Imelda con los ojos fijos en la ventana por la que entra una luz dulcísima como de alba de primavera.*

Imel. Ya el cielo se calmó y en paz se ostenta;
¿cuándo en nuestros rasgados corazones
cesará la tormenta?
¡Hugo!.. ¡Fulco!.. temblando el labio accede
á pronunciar sus nombres... Siento ruido.
¿Quién hácia aquí la planta ha dirijido?

(Ábrese la puerta situada en lo alto de la escalera y aparece D. Jaime con una capa negra seguido de Sancliment.

D. Jay. Ya me abandona, capitan, y vuela
á llenar tus deberes.
Colocarás la espresa centinela,
sin tregua alguna, junto
á esa puerta frontera, que da paso
al tribunal, y la abrirás al punto...

Los heraldos del rey á mi voz prontos
estén....

(D. Jaime sigue hablando en voz baja á Sancliment, el cual se retira luego cerrando tras sí la puerta.)

Imel. (¡El rey! ¿qué le diré?)
D. Jai. (Llamando.) ¡Centellas!
(¿dormir le deja su conciencia acaso?)
¡Fulco!... Fulco!...

(Bajando la escalera.)

Imel. Señor.
D. Jai. ¡Imelda!
Imel. ¡Ay! triste!
D. Jai. ¿Se halla tu padre aquí? Con él viniste?
Imel. Sola vine... mi padre está en palacio.....
allí le he visto.....
D. Jai. ¿Cuando? por S. Jorge
qué tanta turbacion? ¿Cuando le viste?
Dijo que en busca mia
antes de abrirse el tribunal iria.
¿Y el preso?
Imel. No está aquí.
D. Jai. ¿Qué has pronunciado?
habla... pronto...
Imel. Señor yo le he salvado.
D. Jai. Y así me lo confiesas... ¿olvidaste
quien soy, y á donde mi poder alcanza?

(Desde dentro.)

Sanc. Señora... ¿y quién?

(Ábrese la puerta del fondo y sale la reina.)

Const. La reina soy... Constanza.

(Baja precipitadamente la escalera y se quita el velo.)

D. Jai. Madre.

Const. ¡Cuánto de angustia me causaste!
Cuantas veces y cuantas he rogado
esta noche á tus pajes....

D. Jai. Presumiendo,
cual por hablarme vuestro afan seria,
las oportunas órdenes he dado:
Y por Dios, que me pesa; yo creia
que era vuestro deseo,
gracia implorar para el culpable reo,
y no encender mi encono
la audacia refiriéndome...

(Mirando á Imelda con intencion.)

Const. (Interrumpiendo al rey.) Tu trono,
por encontrarte como yo á su lado
escuchando su voz, hubieras dado.
Dime, D. Jaime: hablando de los males
sin fin que nos hirieron,
cuando tus impías armas se volvieron
contra tu propio hermano, desgarrando
la magnífica herencia,
que os legó vuestro padre, en la clemencia
del cielo confiando,
¿no te predije plácido consuelo
y el término feliz de nuestro duelo?

D. Jai. Y al fin lo tuvo con la muerte impía
del hijo sucesor de mi corona.

Const. No á la tumba, cual piensas, ha bajado,
y se halla en Barcelona,
y hoy le viste á tu lado.

D. Jai. ¡Madre, por compasion!... ved que si alcanza
á encenderse en el alma una esperanza,
será terrible renunciar.....

Const. Acoja
idea tal el corazon risueño:
vive y es Fulco quien feliz le arroja
en tus brazos.

D. Jai. Templando mi congoja
mil veces lo soñé, fué siempre un sueño.

(Constanzá le interrumpe al llegar Cervellon lleno de asombro delante del rey.)

ESCENA III.

Dichos, CERVELLON, *luego* CENTELLAS *y dos almogabáres.*

Cerv. Señor, el preso habíase evadido
sin saber como, y encontrado ha sido
del castillo del puerto
por los soldados, yerto
y en la montaña de Monjuich tendido:
y aquí lo hé conducido
sabiendo que vos estabais...

Cent. (Desde dentro.) ¡Dejadme!

(Movimiento general de terror. Constanza corre hácia el fondo, pero queda sin aliento al ver bajar por la escalera sostenido por dos almogavares á Centellas, cuyo rostro es de un cadáver. El rey hace una señal á Cervellon, que se retira con los almogavares.

No quiero, no, compasion. Mis querellas
no atiende Dios: soy maldito.

Const. ¡¡Centellas!!

(Abrazándole.)

Cent. ¿Y mis hijos, Constanza?
Estos negros instantes apresura
que aun me restan de vida y de amargura.
Fuérzame á concebir una esperanza,
engañarme procura,
no calles... un esfuerzo... que se aumenta
el cáncer de mi pecho dolorido.

Habla... discurre... inventa.....

Const. ¡Sangre, Dios santo! ¡herido!

Cent. Sangre, sí, sangre que la faz serena
ruborizar del cielo deberia,
que así se agrada en mi profunda pena.
Oyeme, único sér, que no concibe
dudas de mi lealtad y el ¡ay! recibe
de una alma postrimero.
Mas silencio, que loca te creyeran
el rey y el pueblo entero...

(Don Jaime mudo y estupefacto, Constanza al lado de Centellas con una serenidad desesperada. Imelda, abatida, lanza un suspiro agudísimo. Centellas estiende su mano y halla la cabeza de la hija de Moncada, que atrae á su pecho cariñosamente.)

y tú niña infeliz, tambien lo escucha.
Quien eres sé, tu llanto en este dia
mezclarse puede con la sangre mia.

(Besa la frente á Imelda dirigiendo en seguida la palabra á la Reina.

Allá en Monjuich, á nuestro infante hallamos,
y en busca tuya al punto nos lanzamos,
cuando á una voz fatal, harto escuchada,
vienen sobre nosotros asesinos
furiosos. Hugo desnudó su espada.
Al niño yo escudaba con mortales
angustias; pero ciego, ni aun podia
mi pecho interponer á los puñales.
Entonces si, que el alma desgarraron
mil furias encendidas,
y las manos maldije fratricidas,
que la luz de mis ojos apagaron.

Const. ¡Moncada!

Cent. Los puñales se cruzaron
con el único acero,
que aun nos libraba del asalto fiero.

Y ya perdido lo juzgaba todo,
cuando de mis entrañas se desprende
grito, que en esperanza las enciende,
y al niño entre los brazos arrojando
de Hugo «*huye*» le dije.

Const. (Con asombro.) ¿Y él?.

Cent. Comprende
mi mandato, y pensando
solo en su patria y en su rey se aleja.

Const. ¿Y te deja?

Cent. Y me deja. (Con júbilo.)

Const. ¡Infeliz!

Cent. Infeliz, y al fin consigo
mirar en mí cebado
el puñal enemigo,
que una existencia amenazaba ¡ay triste!
que era todo mi sueño idolatrado.
Pronto... acabo... Mis esfuerzos se agotaban
y la última mirada en alegría
sin par al cielo dirijir queria,
cuando uno de los dos que me cercaban,
«*Ya los alcanzan, mueran*», esclamando,
deshizo aleve mi ilusion dorada,
y entónces á la vida retornando,
recibí la primera puñalada,
y vi que mis heridas,
eran bastantes á romper mil vidas.

Const. ¿Qué puedes ya pedirle ¡oh Dios eterno!
que él no te haya otorgado?

Cent. Cesa en tus gritos de dolor. Al mundo
fuera irrision tu llanto. Abandonado
dejarme, es fuerza, á la piedad del hado,
y execrar mi memoria envilecida
y llámenme traidor y regicida.

Cons. Muéstrate ¡oh Dios de la verdad! inflama
la luz...

(D. Jaime durante toda esta relacion debe mostrar mucho interés en la espresion del rostro y ademanes.)

D. Jai. El Rey al almirante llama.
Imel. ¡Ay! me siento sin vida.

(Centellas queda postrado por los esfuerzos que acaba de hacer. Momentos de silencio.)

ESCENA IV.

Dichos, y CESAR DE MONCADA.

Monc. En busca vuestra encaminéme en vano;
vos hácia aquí os habiais dirijido.
D. Jai. Te aguardaba, Moncada, bien venido.
¿Conoces á ese anciano?

(Moncada se acerca á Centellas y le mira unos momentos.)

Monc. (¡Muerto!)

(Dirijiéndose luego al Rey.)

Su fuga supe y he temido
que vos dijeseis al saberlo «*¡qué hija tiene Moncada!*» como yo «*¡qué madre tiene D. Jaime!*» he dicho. Quebrantado
ambas han vuestras órdenes.
D. Jai. De nuevo
al criminal contempla en su morada.
¿Quién eres, Almirante?
Monc. Soy Moncada.
Cent. ¡Moncada! y él lo dijo y no sellaste
¡gran Dios! su labio con tu diestra airada:
repítelo delante de Centellas...
Voy á morir: mas de mi tumba helada
saldrá una voz... que ya en tu oido suena...

que al mundo diga y sin cesár repita:
«Los ídolos, que adoras
con ceguedad menguada,
miserias son;... sino, mira á Moncada.»

(Al decir las últimas palabras, Centellas hace un esfuerzo, se incorpora y permanece un momento en pié, cayendo luego postrado y apenas sin sentido. Moncada, lucha y relucha consigo mismo, todas las miradas están fijas en él.)

Const. ¿Porqué del Almirante palidece
el rostro?
Monc. Porque busca á un enemigo
á quien vencer, saciando su arrebato,
y no encuentra en su celo delirante
mas que á un ciego infeliz, á un insensato.

(Desde adentro.)

Hugo. Aquí estoy yo, Almirante.

(Grito general de sorpresa. Moncada, como preso de furias, corre hácia el fondo desenvainando su espada, y se halla frente á frente del hijo de Centellas, que entra en la escena con señales manifiestas de cansancio; trae en sus brazos al infante de Aragon, y su escudo blanco está manchado de sangre.

ESCENA V.

Dichos, HUGO *con* EL INFANTE.=*Moncada al ver á Hugo, retrocede como detenido por un rayo, quedando inmóvil en medio de la escena. Imelda corre hácia él y se echa en sus brazos; el Rey le mira asombrado. Constanza vuela al encuentro de Hugo y entre ambos depositan al Infante de Aragon en los brazos de Fulco, que en estos momentos animado por la alegria parece lleno vida. Todos estos movimientos son instantáneos.)*

Monc. ¡Muerte y condenacion!!!
Const. ¡Hugo!
D. Jai. ¡Moncada!
Cent. Perdóname ¡gran Dios! dudé un instante.
Constanza, al nieto mira

de Pedro-el-Grande. Al Rey y al pueblo todo
á anunciarselo corre presurosa.

D. Jai. El rostro de mi Blanca, de mi esposa,
en el contemplo fijo.
Gracias, ¡clemente Dios! este es mi hijo.
Fulco, Centellas á tu rey perdona
que fué muy desgraciado.

Cent. Siempre, siempre os amé.

Const. ¡Cuan calumniado!

(D. Jaime da la mano á Hugo, clava en seguida sus ojos en Moncada y los vuelve á Centellas con la mayor espresion.

D. Jai. La justicia de Dios brilló en el cielo
y el rey la anuncia al suelo:
Hugo, tu sangre salpicó tu escudo;
rojas tus armas sean (1)
como las de tu rey. (A Moncada.) Ansioso un reo
aguarda el tribunal: no se Almirante
lo que será de tí, no lo proveo.

(Á Centellas.

¿Y quién soy yo, para premiar ¡oh! martir
de la fé, tu martirio?
Que escriba Dios, tu nombre
en ese sol, que á tu victoria santa
para otorgar corona,
del seno de los mares se levanta:
y que así eternizando tu memoria,
la edad futura atónita lo lea,
y de pujanza y fé y honor y gloria
símbolo en él indestructible vea.

(1) Desde el siglo octavo, en que fué creada la Baronía de Centellas por Carlo-Magno, y dada por el mismo con su inespugnable castillo á Clotaldo de *Crahon*, uno de los caballeros francos que se asociaron á los godos catalanes para defender su religion y recobrar la independencia arrebatada por los moros, ha tenido la casa de Centellas por armas un escudo losangeado de gules y oro. Este mismo blason es el que ha tenido y tiene la casa de *Crahon* en Francia, siendo este un dato ó confirmacion histórica del orígen, que dán á la casa de Centellas las crónicas é historias del antiguo Principado de Cataluna.

(En este momento es iluminada la cárcel por una claridad vivísima de sol naciente, cuyos rayos bañan la figura de Centellas de una luz dorada.)

Cent. ¡Don Jayme!

(Le alarga la mano y el Rey se la estrecha con la mayor ternura.)

D. Jai. Fulco, mi pobreza es mucha;
nada tengo que darte: pero escucha.
Rey va á ser coronado el hijo mio,
tu digna mano en el altar fulgente
la real diadema ceñirá su frente.
Cent. Es ya tarde, Don Jaime: aquí termina
mi jornada.
Const. ¡Morir!
Hugo. ¡Padre del alma!
Cent. ¡¡Momento suspirado!!

Centellas estrecha al niño con su brazo y lleva á tientas la mano que le queda libre, á cuantos le rodean. Moncada sigue inmóvil como una estátua, Imelda tiene su cabeza oculta entre los brazos del Almirante.

Const. ¡Fulco!
D. Jai. ¡Centellas!
Cent. Venid; así, á mi lado.....
todos... ¡Ay! ¿Me concede
una gracia, no mas, mi soberano?
D. Jai. ¿Algo negarte puede?
¿Qué me pides?
Cent. Perdon para mi hermano.
Imel. ¡Padre mio!

(Imelda se arroja á las plantas de Centellas y le besa sus manos. Moncada parece animarse y atender á lo que pasa á su alrededor.)

D. Jai. ¿Y tu vida.....
y tu gloria por la calumnia herida?
Recuerda lo pasado...
Cent. El hijo de mi rey ya está salvado.

Cercadme en derredor y Hugo el primero...

(Con acento solemne é imperioso, coje la mano á su hijo y lo atrae á sí, lo mismo hace con D. Jaime, entre cuyas manos permanece al fin la suya. Las miradas de Moncada se fijan en Centellas.)

Y vos, D. Jaime, por el alma hermosa
de aqueste niño, nuncio de ventura,
por mi eterna alegría allá en la altura;
juradme de la vida borrascosa
de Cesar de Moncada, los ignotos
misterios encerrar con fuerte dique,
haciendo que su nombre santifique
la fama de los siglos mas remotos.

Monc. ¡Ay Centellas!

(Moncada se echa á las plantas de Centellas y este le abraza con todo cariño.—Óyese una música lejana y dulcísima como de canto religioso, que acompaña las palabras de Centellas, que pronuncia sin estertor ni fatiga y si lleno de gozo y de santa alegría.)

Cent. ¡Oh Dios! ¡oh justo! ¡oh santo!
gracias... no tengo merecido tanto...
Hugo, Imelda, mis brazos amorosos
aguardan. No lloreis... todo ha cambiado;
ni aun sombra queda del dolor pasado.

(Pausa.)

¡Pascua feliz! mi cuerpo desfallece,
pero el alma os abraza placentera.
¡Ay! ¡cuánto, cuánto os amo!
tanto, que no quisiera
abandonaros... pero Dios me llama.
Fulco os bendice en el humilde suelo.

(Va pasando sus manos por las cabezas de cuantos le rodean, segun indican sus palabras.)

Baje tambien la bendicion del cielo
sobre vosotros, hijos,
sobre mis reyes y mi patria amada,

sobre este niño, de Aragon consuelo.
y sobre ti Moncada!!!

(Espira dando la mano al Almirante que la besa delirante. El canto religioso resuena mas cerca repitiéndose despues de una pausa.

(Despues de unos momentos de silencio, Don Jaime se adelanta al pié de la escalera.)

D. Jai. Hola mis guardias, ola capitanes;

(Salen Cervellón y Sancliment.)

que aquí el excelso tribunal acuda:

(Vase.)

y vuele sin demora

(A Sancliment.)

de esta prision hasta el oscuro centro
la sacra procesion del santo encuentro, (1),
cuyos cantos ahora
se difunden aquí. (Vase el otro capitan.)
Merecedora

(Dirigiéndose á Centellas y contemplando por un instante el cadáver.)

á ella no mas contemplo
de trasladar al templo
tu cuerpo, rotos de vivir los lazos.
Const. Al remontarse Cristo en las alturas,
el alma suya levantó en sus brazos.

(Precedidos de guardias del rey, aparecen una porcion de nobles, altos prelados, y algunos Abades, distinguiéndose entre los primeros el conde de Ampurias. D. Blasco de Moncayo, Ros de S. Mateo, Rocaverti, etc. etc. entre los segundos, el obispo de Barcelona y los abades de Amér y de S. Cugát del Vallés; bajan por la escalera con el mayor silencio, formando un semicirculo al rededor del banco en que está

(1) Era costumbre religiosa en la edad media, y aun en el dia tiene lugar en muchos de los pueblos del antiguo Principado, hacer una procesion, al rayar la aurora del domingo de Pascua, llevando las imágenes de Cristo resucitado y de Santa Maria, aludiendo sin duda al encuentro de Jesús con la Magdalena. Nada estraño sería, que esta devota ceremonia, tuviera su orígen en aquellos *pasos* ó *misterios*, que en la edad media se representaron en las catedrales por el clero, estando á cargo de los canónigos mas jóvenes los papeles de mugeres.

Fulco de Centellas, cuya cabeza sostiene la reina Constanza. Hugo é Imelda arrodillados á sus piés con el rostro oculto entre las manos. El niño entre los brazos de Centellas. Moncada permanece con una rodilla en tierra y al parecer sin aliento. El rey de pié contemplando este cuadro. Los reyes de armas y heraldos dominarán la escena desde lo alto de la escalera.)

Venerables prelados,
varones esforzados
de alto y limpio blason cual las estrellas,
Centellas, es Centellas
ante quien Jaime de Aragon se humilla.

(Movimiento general de sorpresa.)

Doblando la rodilla,
gloria al santo gritad y las humanas
grandezas deponed; volad, heraldos;
que en los aires retumben las campanas,
seguidlos todos en fulgente pompa,
y al son del aurea trompa,
y de S. Jorge el estandarte alzado,
que ya su mano tremoló en la guerra;
decid al mundo con ferviente anhelo:
«Centellas fué en la tierra,
lo que el Ángel de luz allá en el cielo;
las tinieblas venció, y en vez de encono,
salva, perdona, y glorifica el trono.»

(Moncada se levanta súbitamente y aun lleno de mas solemne magestad, que cuando apareció en la galera real, se adelanta por entre los nobles y prelados dirijiéndose á los heraldos para hacer la confesion de sus faltas.)

Monc. Y añadid que Moncada...
D. Jai. (Interrumpiéndole.) Resplandece
junto á este trono y su poder acrece.

(Al oido de Moncada, de modo que el solo pueda oirlo y señalándole á Centellas.)

Es su postrera voluntad sagrada.

(Moncada lanza un grito profundisimo de dolor, y despues de levantar las manos al cielo se arroja á las plantas de Centellas, que besa con delirio. Todos los circunstantes se acercan espresando en sus semblantes diversas sensaciones. Se distingue entre todos el Conde de Ampurias, que se aproxima á Centellas mirándole con vivísimo interés.)

(D. Jaime con voz magestuosa y señalando á los dos Almirantes).

D. Jai. Dó el santo mártir imprimió sus huellas
el labio imprime Cesar de Moncada.
¡¡¡Mirad si es grande Fulco de Centellas!!!

(Grito universal de sorpresa y admiracion: óyese cercano el cántico religioso: *In exitu Israel;* ábrese la gran puerta situada en lo alto de la escalera y se ven los pendones con los escudos de la casa Real entre la cruz arzobispal. En medio de una multitud de hachas encendidas, aparece el Arzobispo de Tarragona, vestido de sus ornamentos pontificales y seguido del magnífico cortejo de la procesion, que entre los nobles y prelados, se dirije donde está el cadáver de Centellas. Al aparecer en lo alto de la escalera la imágen de *Cristo resucitado*, llevada en andas por cuatro diáconos, se redoblan los fulgores del sol y cae el telon, oyéndose como en eco el repique de las campanas y el sonido de los clarines de los Heraldos que pregonan la inocencia y la gloria de Centellas.)

FIN DEL DRAMA.

Hace cerca de tres siglos, en tiempo del primer conde de Centellas, que el mas señalado de los cronistas catalanes, el Doctor Gerónimo Pujades, trascribiendo en su *Crónica universal de Cataluña*, la investidura ó concesion Real de la casa de Centellas, cuyo documento, si bien perdido en su original, se conserva como una página histórica en todas las historias y crónicas del Principado, escribia estas notables palabras: « *Investióle (Carlo-Magno á Clotaldo de Crahon), de este honor, con tal condicion, que tomase el nombre del honor y nobleza de Centellas como en efecto lo hicieron él y sus descendientes, conocidos en todas las partes del orbe, por mar y por tierra, sin que haya region donde no haya llegado alguna de estas veloces y ardientes centellas luminosas y vistosas por el calor del fuego de su generosa sangre y heroicos hechos.*

Con la precipitacion con que se han corregido las pruebas se han pasado algunas faltas capitales que obligan á continuar esa

FE DE ERRATAS.

ACTO SEGUNDO.

Página 27, 2.° *verso.*

Donde dice — de esclavos almogávares
debe decir — de esclavos almogaváres

Página 23, *verso* 10.

donde dice — á donde se halla? ¿Lo viste?
debe decir — á donde se halla? ¿No oiste?

Página 33, *verso* 18.

donde dice — pudo con risa rigurosa
debe decir — pudo con risa injuriosa

ACTO TERCERO.

Página 53, *verso* 13.

donde dice — ¡y en mi poder!... el júbilo me asesina,
debe decir — ¡y en mi poder!... el gozo me asesina,

Página 58, *verso* 3.°

donde dice — está y él se avergonzará...
debe decir — está y él se avergonzara...

Página 63, *verso* 20.

donde dice — ahora quizás el rey estreche á su hijo.
debe decir — hora quizás el rey estrecha á su hijo.

Página 64, *en la acotacion última de la página.*

donde dice — « y desaparecen por la puerta. »
debe decir — « y desaparecen por la parte. »

ACTO CUARTO.

Página 72.

En la acotacion primera donde dice *randijas*, debe decir *rendijas.*

Página 81, *verso* 5.°

donde dice — ¡Sueño y del rio tanto!
debe decir — ¡Sueño y deliro tanto!

ACTO QUINTO.

Página 92, *verso* 29.

donde dice — y execrar mi memoria envilecida
debe decir — y execren mi memoria envilecida

50